

«Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.me/jmguerrera)
- **Mercado Pago:** jmguerrera@gmail.com o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.
- **Binance:** *jmguerrera* o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

Demasiado ruido en la mañana

Juan Manuel Guerrero

A quienes, aun sin fuerzas, van hacia adelante.

Introducción

Es marzo de 2022.

Me siento lleno de fuerza. Miro hacia el futuro y no puedo evitar preguntarme hasta cuándo durará. Me respondo que no lo sé, pero que ahora es el momento de agachar la cabeza e ir hacia adelante.

Este es el tercer «libro selección» que publico. Es una compilación de relatos de los ocho libros que escribí hasta el momento. Es difícil no pensar que ya cualquiera escribe ocho libros.

Se incluyen aquí relatos de todos esos libros. Desde los más recientes como *¡Feliz denuncia penal!*, hasta los más antiguos como *Lo posible*.

El criterio principal de selección fue la calidad, siempre desde mi propia subjetividad y, sobre todo, dentro de las humildes posibilidades disponibles. Luego, la no repetición de historias con los «libros selección» anteriores. Y por último, la diversidad.

Además de ser a la gorra, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De conseguir alguien esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia. Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

Syrniki

YKiev, Ucrania, 2014. El contexto es dramático. Después de meses de protestas y choques con la policía en la plaza principal, la revolución (*Euromaidán*) ha volteado al gobierno prorruso en Febrero. Los manifestantes y el nuevo gobierno quieren ser parte de Europa. En el Este, los ucranianos prorrusos se oponen a esas intenciones y promueven la secesión de sus regiones, apoyados por Rusia. De hecho, pocos días después, la República Autónoma de Crimea (parte de Ucrania hasta entonces) declara su anexión a Rusia. El nuevo gobierno ucraniano no está dispuesto a permitir más pérdidas de territorio. La tensión militar en el Sureste crece hasta convertirse en una «guerra de baja intensidad». Yo soy argentino, remoto, pero estoy en Ucrania. Aunque no vivo en Kiev, mi presencia en el lugar no es casual.

El 17 de Julio el conflicto se torna impredecible. Un avión de pasajeros se estrella en la región oriental de Donetsk, cerca de la frontera con Rusia. Las víctimas son más de trescientas, la mayoría holandesas. La confusión es enorme. Ucrania acusa a los rebeldes prorrusos y a Rusia. Estos acusan a Ucrania. Sin conocer la causa del incidente, es imposible predecir las consecuencias. Al día siguiente, visito con mi bicicleta la embajada de Holanda. La vereda rebalsa de flores.

La incertidumbre se torna casi insoportable. Muchos ucranianos creen que la invasión de Rusia es inminente. De producirse, los rusos podrían llegar a Kiev en cuestión de horas. Los más viejos lo dan por hecho, pero ya se encuentran demasiado resignados como para hacer algo al respecto. Son demasiados años de abuso, corrupción e injusticia, ucraniana o rusa, sobre sus espaldas. No creen que nada vaya a cambiar, de ninguna forma, con ninguno de los posibles desenlaces. Algunos ucranianos que conozco se mudan preventivamente hacia el Oeste. Muchos me recomiendan hacer lo mismo. Yo no puedo, ni debo, ni quiero hacerlo.

El progreso de los acontecimientos lo sigo innecesariamente a través de los medios ucranianos. La comunicación pública es un campo más donde se libra la batalla político-cultural entre Ucrania y Rusia, una relación de desencuentros que lleva centenas de años. Los últimos días son solo el más reciente capítulo y de ningún modo el último. Ucrania habla ucraniano en el

Oeste y ruso en el Este. Kiev habla los dos aunque durante los últimos meses la influencia del ucraniano ha crecido. Yo hablo perfecto ucraniano y ruso, pero durante mi estadía en Kiev elijo hablar solo inglés y español.

Además de seguir los medios, recibo información de primera mano de mis nuevos «amigos» ucranianos. Son jóvenes profesionales que participaron de manera activa durante la revolución. Algunos trabajan para el exterior, otros no, pero todos resisten sin razones la recurrente idea de emigrar. Se interesan en mí porque están aprendiendo español. Me cuentan historias increíbles sobre sus días acampando en la plaza principal. Y también, con mucha cautela, me cuentan sobre sus actividades actuales. Uno de ellos, Anatoly, maneja su auto todas las semanas para llevar medicamentos hasta el frente de batalla en el Este. Otra, Vlada, trabaja como enfermera voluntaria en las campañas de donación de sangre para los combatientes. Todos donan parte de su salario al nuevo Gobierno, por decisión propia, para sostener las finanzas del flamante gobierno revolucionario. Como la Argentina, Ucrania está quebrada desde hace años.

Yo siento una enorme atracción por Vlada. Creo que ella siente lo mismo por mí. Pero también creo que es mejor dejar las cosas así.

Hacia finales de Julio, casi nada ha cambiado. Sin mencionarlo, todos se van a dormir con la aterradora idea de que quizás tengan que levantarse en medio de la noche porque Rusia ha invadido Ucrania. Yo no. Puedo dormir con mucha tranquilidad.

Es la mañana. Estoy acostado mirando por la ventana. El calor es sofocante. Recibo por fin un mensaje telefónico, con la hora y el lugar indicados. No me queda mucho tiempo. Me levanto, me ducho y salgo en mi bicicleta hacia el sudeste de la ciudad. Luego de cuarenta minutos pedaleando, llego muy transpirado al Museo del Genocidio de Holodomor. Detesto estar bañado en sudor, pero estoy dispuesto a sacar ventaja de ello. Encuentro una canilla y me meto literalmente abajo. Sigo empapado, pero al menos ahora es por el agua.

No es la primera vez que estoy en el Museo. Más que un museo, el lugar me parece un gran monumento en el centro de un parque interminable, donde además hay otros monumentos. El Monumento es extrañísimo y logra transmitir la conmoción del evento que recuerda. Se estima que durante la hambruna de Holodomor, producto de la colectivización de tierras impulsada por la Unión Soviética, murieron nada menos que tres millones de ucranianos. Me cuesta aceptar que los turistas

posen despreocupados, o hasta en poses juguetonas, junto a este recordatorio del horror.

Camino con mi bicicleta por el parque, buscando nuevas perspectivas del Monumento, aunque también del evento histórico. Conozco los detalles de la historia, sus variantes e interpretaciones, pero siempre es posible plantearse nuevas preguntas, tanto del antes como del después, pasando por el presente mismo. ¿Cuánto hay de esa hambruna que parece lejana en lo que estamos viviendo durante estos días?

Sin embargo, sobre todas las cosas, doy vueltas por el parque buscándola a ella. Cuando la veo, la reconozco de inmediato. Es más hermosa de lo que había previsto, un verdadero inconveniente. Está grabando una nota para la televisión. Habla con naturalidad y carisma. Detrás, como si ella lo estuviera defendiendo, se extiende el Sudeste de Ucrania. A unos quinientos kilómetros en esa dirección, las elementales tropas ucranianas intentan evitar la disgregación del país.

Me acerco con mi bicicleta y me sumo a la rueda de curiosos que están observando la grabación de la nota. En un instante casi imperceptible, confirmo que ella me registra. Cuando la nota termina, los curiosos se dispersan. Yo me acerco y me presento. Comienzo disculpándome por mi atuendo vergonzoso. Se ríe. Me dice que me entiende, también le gustan las bicicletas. Me extiende la mano y pronuncia su nombre de un modo amable para mi oído extranjero: Oksana Tsybenko. Le cuento que soy argentino, escritor, que mi viaje por el Este europeo me ha traído hasta Ucrania y que estoy muy interesado en escribir sobre lo que está ocurriendo. Casi no estoy mintiendo. Le digo que me gustaría invitarla a tomar un café. Ella me dice que no puede en ese momento, debe terminar la producción de la nota, pero acepta mi propuesta de que nos encontremos más tarde.

En efecto, nos encontramos unas horas después en un pequeño café del centro de Kiev. Tenemos una conversación casual que va derivando desde la dramática realidad ucraniana hacia nuestras historias personales. Luego de casi dos horas de conversación, ella tiene que irse. Le confieso que he disfrutado mucho de conocerla y de la conversación. Amparado en mi argentinidad, doy un paso más y le digo que me gustaría verla de nuevo. Le propongo encontrarnos al día siguiente e ir en bicicleta hasta el Monumento de la Madre Patria. Ella se sorprende pero no se incomoda. Sonríe, lleva la vista hacia otro lado y piensa durante unos segundos. Al final me mira con intensidad y me dice que sí.

Al otro día, volvemos a encontrarnos en el centro con nuestras bicicletas. Ella se retrasa por cuestiones de trabajo. Se disculpa con sentimiento por su impuntualidad. Le digo que, como argentino, no sé muy bien qué es la puntualidad y que, sea lo que sea, no me importa demasiado. Se ríe. Salimos rumbo al Monumento. Nos acompañan los últimos destellos de luz de un largo día de verano. Vamos haciendo paradas en el camino para tomar agua o para conversar sobre alguna curiosidad que ella quiere mostrarme. Cuando llegamos, más de una hora después, ya es de noche.

El Monumento es visible desde mucho antes. Debe tener unos cien metros de altura. Está situado en el medio de un gran parque. Consiste en una mujer de metal gigantesca, con una espada y un escudo. Cuando llegamos al parque, bajamos de las bicicletas y accedemos a pie. Yo ya he estado varias veces allí, pero a Oksana le digo que es la primera.

Ya en el parque, cruzamos decenas de estatuas de estilo soviético y una exhibición de viejos tanques militares. Cuando llegamos al pie del Monumento nos encontramos con un vallado que impide subir por las escaleras de la base. Ya es demasiado tarde y está cerrado. Desde arriba, sería posible disfrutar de una vista espectacular.

Oksana no duda ni un segundo. Me toma de la mano y me arrastra hasta las vallas. Con enorme naturalidad, las saltamos. Subimos por las escaleras y llegamos a la parte superior de la base. En ese lugar, justo frente a nosotros, hay una cámara de seguridad que nos apunta directamente. Oksana no la ve. Yo la miro por unos segundos. «Soy un idiota, voy a arruinarlo todo», pienso. No tengo demasiado tiempo para concebir alternativas. Solo me queda salir hacia adelante. Oksana vuelve a tomarme de la mano y me guía por la base circular, desde la cual podemos ver la noche de Ucrania en las cuatro direcciones. El momento es hermoso. Antes de sumergirme en él, reflexiono sobre la cámara por última vez: «Lo más probable es que no funcione, y si funciona que nadie la haya visto, y si alguien la vio que no le importe. Como en Argentina.»

Caminamos despreocupados, sobre todo ella. Me señala diferentes puntos luminosos de la ciudad. No hay nadie a nuestro alrededor. Solo el viento del espacio abierto corta el silencio. Hace calor. En un momento, ella se cansa o se decide, y apoya su espalda sobre el ancho borde de concreto. La inmensidad ucraniana queda a sus espaldas. Me mira. No hay mucho más que yo tenga que hacer. Me acerco de frente y la beso. Nos besamos con lentitud.

Las voces de dos oficiales ucranianos interrumpen el viaje mágico en los labios de Oksana. En tono reprobatorio, nos recuerdan que el lugar está cerrado, que cometimos el delito de violar el vallado y que vamos a tener que acompañarlos a la estación de policía. «La puta madre», pienso. Yo simulo no entender nada y miro a Oksana. Cuando los oficiales terminan, Oksana toma la palabra. La escena es muy argentina. Ella explica que es periodista, que yo soy turista, que fuimos hasta el lugar en bicicleta, que quería mostrarme ese hermoso lugar, etc. Creería que los oficiales la reconocen, pero no dicen nada. Nos piden los documentos. Yo solo tengo una fotocopia en muy mal estado de mi pasaporte. Los oficiales me miran, miran la fotocopia y protestan ante Oksana sobre la insuficiencia de mi documentación. Como si estuvieran leyendo la fotocopia, anotan cualquier cosa — esto me extraña — en una pequeña libreta. Luego de las anotaciones sin sentido, comienzan a interrogarme usando a Oksana como intérprete. Ella traduce del ucraniano al español — sí, habla español gracias a Natalia Oreiro — y viceversa. Las preguntas de los oficiales son de lo más erráticas. Comienzan siendo amenazantes y buscan hacerme aceptar que he violado la ley. Yo lo evito con cintura maradoniana y juego a pleno mi papel de turista ingenuo. A veces, logro percibir una sonrisa casi imperceptible en Oksana. Luego, las preguntas viran a la informalidad más mundana. Hace pocos días, Argentina ha perdido la final del Mundial de Fútbol con Alemania y los oficiales me interrogan al respecto. Yo contesto, pero no llego a confiar ni a relajarme. Tal vez se conmueven cuando les digo que, como cualquier otro argentino, recordaré ese partido con interminable tristeza durante el resto de los días de mi vida. Luego, las preguntas se endurecen de nuevo: por qué estoy en Ucrania, si sé lo que está pasando, etc. Me preguntan de dónde vengo y hacia dónde voy. Polonia y Rusia, les contesto. Se concentran en mi partida hacia Rusia: cuándo voy hacia allí, por qué, si no me preocupa que no me dejen salir de Ucrania o que no me dejen entrar a Rusia, etc. Luego viran a Argentina de nuevo y me preguntan sobre la carne, el vino, los inmigrantes ucranianos, etc. Al final, después de más de una hora de preguntas, los oficiales nos informan que podemos irnos. Nada ha pasado. Estaban aburridos y querían aprovechar nuestro hallazgo para pasar el tiempo. El turno de la noche puede ser muy largo, nos confiesan.

El alivio es tan grande que no llega a molestarme que los policías hayan abusado de su autoridad para jugar con nosotros. En verdad, luego de

haber besado a Oksana, nada llega a molestarme.

Bajamos de la base del Monumento junto a los policías. Nos despedimos de ellos con extraña familiaridad. Cuando llegamos a las bicicletas con Oksana, nos besamos de nuevo. Ya en marcha, atravesamos la noche desierta de Kiev. Hacemos una pequeña recorrida por el parque Mariinsky. Visitamos la Fuente y el Ministerio de Salud. Retomamos la calle y minutos más tarde hacemos lo mismo con el parque que rodea al Monte Volodymyrska. Lo recorremos en bicicleta — excepto las subidas — y vamos visitando cada una de las pequeñas glorietas que tiene el parque, donde es posible sentarse, besarse y disfrutar de una privilegiada vista del río, sobre todo durante el día.

La atracción física con Oksana es tan fuerte que coqueteamos con la idea de tener sexo ahí mismo, en el parque. La reciente experiencia con los policías nos demora. Decidimos ir a su departamento. Allí, la noche con Oksana es larga e intensa.

Los días que siguen volvemos a vernos durante la noche. No me queda mucho tiempo en Kiev y necesito encontrar un nuevo departamento. Oksana me invita a quedarme con ella. Acepto: es lo que buscaba.

Durante el día, Oksana trabaja como periodista fuera de casa. Cubre desde hace años la relación Ucrania-Rusia con pasión profesional y personal. Desde la innegociable premisa de la transparencia desarrolla su tarea periodística desde una posición de ácida crítica hacia Rusia y lo que denomina «el neocolonialismo ruso». En particular, investiga los mecanismos utilizados por Rusia para desplegar su influencia política en las instituciones ucranianas y su influencia cultural en la población ucraniana, especialmente en la rusófona del Este. Entre los «títeres políticos de Rusia» incluye a por lo menos la mitad de los políticos ucranianos, incluyendo a casi todos los presidentes ucranianos previos a la revolución.

Son días hipersensibles para la tarea periodística de Oksana. No sorprende que viva amenazada. Casi a diario, ella y su familia reciben amenazas de muerte. El periodismo es una tarea de alto riesgo en Ucrania; la corrupción, los negocios y la impunidad son demasiado grandes. Ella me asegura que ya está acostumbrada. Por experiencia propia, sé que nadie se acostumbra a este tipo de cosas.

Por la mañana, Oksana suele preparar deliciosos *syrniki*. Conversar con ella durante el desayuno me genera mucho placer. Me besa antes de irse. Mientras está afuera trabajando, me quedo en el departamento,

refugiado de la insoportable tarde del verano ucraniano. Me dedico a escribir. Sobre ella.

Por la tarde, vamos a explorar la ciudad en bicicleta. Ya de noche, si hace mucho calor nos bañamos desnudos en las aguas poco confiables del Dniéper. Hacemos el amor en el río, o en las playas de arena que lo rodean, o en los bosques de las islas que sin buscarlo lo frenan. Cuando volvemos al departamento, el ritual vuelve a comenzar.

El amor está desatado, quizás porque sabemos que todo acabará pronto. A medida que me enamoro de ella, mi profesionalismo se agrieta. La culpa me carcome y amenaza con quebrarme.

Como siempre, el último día también llega. Oksana me acompaña al Aeropuerto Internacional de Zhuliany. Los controles para ingresar son muy estrictos, debemos despedirnos antes de entrar. Entre lágrimas de dolor, nos despedimos con un beso silencioso.

Subo al avión. Durante el vuelo, aprovecho para corregir las páginas escritas durante los últimos días. Cuando el avión aterriza en Moscú, todavía no he terminado.

Atravieso los controles sin inconvenientes. Tomo un taxi hasta el centro de la ciudad. Le indico al taxista el destino: Smolenskaya. Le pido que por favor no se apresure. Mientras el auto avanza hacia el centro de la ciudad, continúo con la edición del documento a toda velocidad. No estoy seguro de que podré terminar a tiempo, pero tampoco me resulta posible posponer la reunión con mi cliente.

Falta poco para llegar. Durante pequeños intervalos de reflexión, admiro los fastuosos edificios de la capital rusa. Los moscovitas viven entre ellos con una enorme naturalidad, casi tanta como la lejanía con la que viven el conflicto con Ucrania.

Llegamos. Me bajo y camino unos doscientos metros hacia el Sur. Entro al imponente edificio, una de las Siete Hermanas. Me anuncio. Subo por el ascensor. Mikhail Belotelov me está esperando en el pasillo. Me estrecha la mano y me hace pasar a la oficina.

No llegamos a sentarnos. Casi no hablamos. Tomo el pendrive de mi bolsillo y se lo entrego. Él lo pone en su laptop, abre el documento y lee unos párrafos. «Buen trabajo», me dice. Abre un cajón del escritorio, saca una bolsa de papel y me la entrega. Yo abro la bolsa, miro los fajos de rublos, la cierro y la guardo en la mochila. Cuando estoy listo, me

acompaña hasta el pasillo, me da la mano y se despide. Regresa a su oficina. Mientras espero el ascensor, me tiemblan las piernas.

Salgo a la calle. Moscú se muestra indiferente ante todo. Tomo un taxi. «Al aeropuerto, rápido por favor», le pido al taxista. Es imprescindible que deje Rusia cuanto antes^{1 2} .»

Expulsado de la Plaza del Lector

Mis incursiones a la Plaza del Lector requieren de muchos cuidados.

Casi siempre voy en bicicleta. En general llego por avenida Las Heras, aunque a la hora de escribir estas líneas prefiero decir que no, que en realidad llego por avenida del Libertador, porque no está mal sacar provecho de algunas tergiversaciones inofensivas, casi honestas.

Desde el norte, llego a la zona por la cómoda ciclovía que casi no tiene interrupciones. Cruzo la avenida y entro en diagonal por la Plaza Eva Perón. Indefectiblemente, miro la estatua de Eva cuando paso a su lado. Al pie del edificio extraterrestre de la Biblioteca Nacional se levanta una gran estatua de Juan Pablo II. Me detengo allí unos instantes. Lo hago tan solo para no comprender después la pequeña y vercosa estatua de Cortázar que no se parece a Cortázar y que, por si fuera poco, se encuentra encerrada por una reja que cualquiera puede saltar, es decir, una reja inservible que solo tiene como misión estropear aún más la escena. Y entonces, con mi incompreensión ya precalentada, me someto a la también pequeña y vercosa estatua de Borges, ubicada a unos pocos metros de allí, tan inútilmente enrejada como la de Cortázar, pero además escondida, solitaria, mirando hacia la calle Austria o, en el mejor de los casos, hacia una nada que encierra sueños, laberintos y universos infinitos.

Fortalecido por la impotencia, siento que la oportunidad de torcer injusticias se juega en la Plaza del Lector y entonces subo por Agüero hasta encontrarla. Me gusta esa plaza. Para comenzar, suena bien: Plaza del Lector. Es acogedora y tiene muchos bancos. Casi todos están orientados de frente o de espaldas al sol, según la hora del día. Sobre la más larga de las paredes, la del fondo, suele haber una exposición de arte plástico, una costumbre que quizás no perdure en el tiempo. De darse este escenario, seguirán los pasos de Juan Domingo y Eva Perón, otrora vecinos del barrio, cuyas estatuas alguna vez estuvieron sentadas en uno de los bancos de la plaza.

La plaza tiene tres entradas. Mi favorita es la de Agüero, tal vez porque me permite tener un panorama general desde la comodidad de mi bicicleta. O tal vez porque es la primera que encuentro cuando subo desde avenida del Libertador, algo que como ya dije no es cierto.

Por razones que desconozco y que no me ocupé de averiguar, la plaza está enrejada y tiene seguridad privada. Algunas veces pienso que es parte del predio de la Biblioteca Nacional y, por lo tanto, los servicios de seguridad de la biblioteca se extienden, junto a sus reglas, hasta la plaza, como si fuera una sala más del edificio principal. Otras, que esas prevenciones se deben a la contigüidad de la Embajada de Paraguay, ya que se supone que todas las embajadas requieren de unos mínimos recaudos, aunque más no sea por una cuestión de formas. Quizás la más lograda de mis teorías sea que la seguridad existe, fundamentalmente, para proteger a los lectores de autores como yo y de literaturas como la mía. En cualquier caso, me desagrada que la Plaza del Lector tenga rejas y seguridad privada.

Me gusta la plaza, además, porque recibe muchos lectores, algo no solo deseable sino también consistente con su nombre. No creo que la Plaza del Lector los atraiga por su nombre, sino más bien por la influencia inevitable que produce la extrema proximidad de la Biblioteca Nacional.

Esos lectores, el tamaño reducido y la ubicación conveniente dentro de mi recorrido hacen de la Plaza del Lector un lugar más que apropiado para que yo pueda dar a conocer mis libros.

Debo admitir que ya no incursiono en la plaza con la frescura e inocencia de antes, cuando desconocía que mi accionar estaba reñido con el reglamento del lugar, según me informó el agente de seguridad privada la primera de las veces que me echaron de la plaza. Hasta el día de hoy, me pregunto si ese reglamento en verdad existe.

Inútil fue explicarle al agente, aquella vez, que yo no estaba vendiendo los libros, sino ofreciéndolos sin costo a los lectores con mis características amabilidad, calidez y carisma, para que tuvieran la oportunidad de leer un cuento de mi autoría. Y que si la transacción comercial ocurría era por un pedido exclusivo, casi suplicante, de los lectores, quienes necesitaban de mi literatura para extender su razón de ser en esa plaza de nombre y misión tan claros. Y evitar con ello la presión cierta de tener que mudarse a otras plazas con títulos menos exigentes, como la Plaza Mitre o la Plaza Uruguay. En resumen, traté de explicarle que si la prohibida transacción ocurría no era porque yo vendiera el libro, sino porque los lectores me lo compraban. Es decir, en el peor de los escenarios, era a ellos a quienes debía echar y no a mí, la única víctima de todo ese desagradable malentendido.

De poco sirvió mi lustroso razonamiento, ya que no hubo manera de que el agente flexibilizara su determinación de exiliarme. Debo admitir, eso sí, que me escuchó con una paciencia encomiable. Su argumentación no lo era tanto y se limitó a repetir varias veces, con una voz culposa, que «no le estaba permitido dejarme», depositando la responsabilidad en alguna autoridad desconocida e inmaterial, mientras me miraba con unos ojos temblorosos que admitían la injusticia y prácticamente me pedían perdón.

Ninguna rebeldía seria, decente, se rebaja a manifestarse frente a un agente de seguridad privada que, además, custodia una plaza chiquita, una placita. Un pobre hombre que solo intenta hacer bien su trabajo, o ni siquiera tanto: llevar una vida honrada, tener un sueldo a fin de mes. Yo sabía que podía sostener y ganar el debate con el lustre de mis razones, pero no con verdades. Así que le anuncié que, a pesar de que ambos sabíamos que yo tenía razón, me retiraría pacífica y civilizadamente, con el único y noble objetivo de no complicarle la vida.

Sin esfuerzo ni rencores, cumplí con mi promesa y me dirigí a la próxima plaza de mi itinerario elaborado y secreto, mientras sospechaba que algo valioso se escondía detrás de todo esto. Expulsado de la Plaza del Lector, qué ironía.

Evidentemente, existían criterios de permanencia y de expulsión a descubrir, a menos que todo se redujera a la paciencia de los agentes y yo ya la hubiera agotado. Daba igual: volvería una y otra vez hasta alcanzar las fronteras del asunto, hasta que este conflicto diminuto y novedoso fuera digno de ser llevado al mundo de la literatura.

Mi siguiente visita a la Plaza del Lector fue exitosa. El primer augurio positivo fue identificar a un agente diferente al que antes había promovido mi destierro. Un agente nuevo que no tenía la menor idea de mi reincidencia, ni de que estábamos enfrentados. Resuelto a no dar pasos en falso, até mi bicicleta afuera, en lugar de entrarla y llamar la atención de los presentes como había hecho hasta entonces. Descarté la expresividad gestual, el tono de voz firme y los pasos suntuosos. Hice mi recorrido de manera austera, silenciosa, casi como un fantasma que deseaba visitar un viejo lugar conocido durante unos pocos minutos y marcharse.

Con el tiempo fui ampliando y ajustando los detalles de mis visitas. Incorporé el delicado gesto de no caminar sobre el césped, prevención que me alertó sobre el deficiente diseño de las veredas. El trazado no conducía de manera cómoda a todos los rincones de la plaza y, por lo tanto, me

empujaba hacia el atajo del verde, una presión que yo resistía con destacables estoicismo y humildad.

También procuraba iniciar mi recorrido desde las cercanías de los agentes de turno, alejándome progresivamente de sus áreas de influencia, mientras ellos quizás se debatían sobre la conveniencia o no de interceptarme. Mas aún, me esforzaba por no interactuar con ellos, sin mirarlos siquiera, para ahorrarles la siempre pesada responsabilidad de saber. Les proponía, y en general aceptaban, un acuerdo tácito. Yo cumpliría mi misión de una manera tan rápida, sigilosa y educada que ellos ni siquiera llegarían a notarlo.

Los agentes rotaban con frecuencia y eran los nuevos quienes tenían una mayor propensión a «pedirme gentilmente que me retirara de la plaza». Yo aprovechaba estos incidentes para ensayar nuevas reacciones. A veces, fingía incompreensión y apuraba el paso hasta el punto del trote, con la intención de terminar mi recorrido antes de la expulsión, aunque eso significara terminar arrojando los libros a los lectores de una manera bastante brutal, sin presentaciones ni explicaciones, aunque con el inestimable atractivo de un agente persiguiéndome. Otras veces, les contestaba en inglés y alegaba un origen rumano. Otras, les aclaraba que yo era escritor y solo estaba tratando de seguir los improbables pasos de Bertrand Russell, Antón Chéjov y Lucio Anneo Séneca, mientras señalaba el edificio de la Biblioteca Nacional, como si eso probara la veracidad de mis palabras.

Casi siempre, me preguntaba cómo podría lograr que los lectores intervinieran en mi defensa, sublevándose y exigiendo a los agentes mi permanencia en la plaza. Quizás si escribiera un cuento sobre la Plaza del Lector planteando la problemática y les diera el libro abierto en esa página...

Ocurre, sin embargo, que toda problemática se va agotando. Luego de semanas de trabajo, estos conflictos se fueron escurriendo de una forma tan gradual que casi no me di cuenta. Poco a poco, me fui imponiendo a fuerza de cuidados, paciencia y persistencia, como indican los manuales. La mayoría de los agentes y muchos de los lectores ahora me conocen. A veces, incluso, me saludan o me comentan un pasaje de algún libro que les presté o me compraron. Podría decir que he triunfado. Pero no. El triunfo, si existió, ocurrió mucho antes. O está, todavía, por venir.

¡Feliz denuncia penal!

No fue fácil recibir la noticia. Mi familia había decidido excluirme de la cena navideña de 2021 por no estar vacunado contra el Covid. La decisión no había surgido del éter cósmico, sino que tenía su adecuado marco social. Los mismos «expertos» que nos habían prometido que el virus no llegaría a este rincón del mundo, que no hacer ejercicio al aire libre nos protegería del virus y que la cuarentena duraría unas pocas semanas, ahora recomendaban no juntarse en las fiestas con personas no vacunadas, al tiempo que impulsaban la implementación de un «pase sanitario» para una creciente cantidad de actividades.

La encargada de hacerme llegar la mala nueva fue mi madre. Por cierto, una digna representante de los ciudadanos de la República Unitaria de Mosquera, nuestra querida patria. La primera conversación con ella fue telefónica y breve. El cruce de Navidad y Covid era un tema delicado (para ella y para el resto de mi familia), así que acordamos conversarlo cara a cara, esa misma tarde, en la plaza de nuestro barrio.

Desde el comienzo de la pandemia, mi madre no había vuelto a admitirme en su casa. Para mi corazón también era mi casa, pues yo había vivido allí mi infancia y mi adolescencia. Durante casi un año, por las restricciones oficiales primero y por decisión de ella después, no había podido ver a mi madre. Dos años después, todavía seguía sin poder abrazarla. A pesar de haberse aplicado la «vacunación completa», mi madre no se sentía segura.

El caso de mi padre era todavía más dramático. Había muerto por Covid a comienzos del año, cuando las vacunas ya debían haber estado disponibles para los grupos de riesgo. A decir verdad, había muerto por fumar durante cuarenta años. Debido a disposiciones oficiales, no pudimos velarlo. Más allá de mi tristeza natural, su partida no me resultó del todo inesperada. De algún modo, me había preparado para ese momento. Además, mi padre era un hombre sabio que ya había hecho las paces con la muerte. «¿Pero cuánto tiempo quieren seguir viviendo?», contestaba cuando le contaban entre lamentos sobre la muerte de algún conocido de su edad. En cambio, sí me conmovía la inesperada e injusta soledad de mi madre, quien iba a tener que atravesar el resto de la pandemia con este dolor.

Así estaban las cosas cuando llegué a la plaza para encontrarme con mi madre. Hacía mucho calor y el espacio estaba desolado. Los juegos se veían despintados y viejos. El pasto estaba sin cortar. Fui hasta el banco donde nos encontrábamos siempre. Lo limpié un poco y me senté. A lo lejos, la vi llegar caminando, muy despacio, dejando traslucir una gran fragilidad. Pensé en el inevitable paso del tiempo. Venía en la más absoluta soledad, pero traía el barbijo puesto.

Pude identificar el momento en que me reconoció. La vi sonreír en los ojos, como un reflejo. Hasta que llegó al banco, mantuvo la mirada de ilusión sobre mí. Se sentó a mi lado, se sacó el barbijo y me dijo «hola». «Dios mío», pensé, pero me pareció mejor no volver a mencionarlo. La mezcla de miedo y confusión que tenía mi madre me generaba una enorme tristeza.

No era para menos. Las recomendaciones, regulaciones y protocolos no paraban de multiplicarse y cambiarse, casi a diario, hasta el punto de enloquecer al más brillante contador. Qué quedaba, entonces, para mi madre.

Tampoco debía sorprender que mi madre pudiera tener interrogantes sobre las vacunas, tal vez inconscientes o secretos. Después de todo, habían sido desarrolladas a contrarreloj y autorizadas de emergencia, saltando todos los procedimientos establecidos hasta el comienzo de la pandemia. Y las segundas dosis se habían aplicado fuera del tiempo recomendado por los laboratorios. Y se habían mezclado vacunas diferentes, otro procedimiento cuestionable también aprobado de emergencia. Y ahora parecía que la «vacunación completa» no era suficiente, sino que era necesario aplicarse una tercera dosis. Y de hecho, ya se había comenzado a hablar de una cuarta. Y si se tenían que seguir mezclando vacunas, que se mezclaran. Todo esto mientras se le daba la espalda a la inmunización natural de los ya contagiados.

Sin embargo, tal vez los interrogantes no tuvieran que ver con las vacunas, sino con las autoridades. Las mismas que, por negocios y política, habían descartado una parte de las vacunas disponibles y, en cambio, habían adquirido aquellas con menos garantías. Las mismas que se habían saltado la fila para vacunarse, ellas y sus allegados, antes que los grupos de riesgo. Las mismas que se habían autodeclarado esenciales y se habían autoexcluido de la mayoría de las restricciones. Y las mismas que habían violado esas pocas restricciones que les quedaban, organizando eventos

masivos y fiestas privadas. Las mismas. Esas que dirigían el aparato represivo del Estado, con epicentro en el Norte feudal, produciendo miles de abusos y decenas de muertes de las que, increíblemente, nadie hablaba. Eso para no mencionar la gestión general de la pandemia, basada en una feroz campaña del miedo, que había destruido cientos de miles de empleos, cerrado las escuelas durante casi un año y forzado a las personas a quedarse en su casa —en el caso de tener una— aun si eso implicaba padecer el hacinamiento o la violencia doméstica.

Sí, tal vez y solo tal vez, esas cuestiones le generaban a mi madre alguna clase de inquietud. Y si así era, ¿acaso alguien podía juzgarla o exigirle que no tuviera dudas? Y si no, ¿no valía lo mismo para el resto de las personas? Y si sí, ¿alguien podía juzgarlas por pedir más información o por tomar la decisión de esperar para vacunarse?

Algo sí era claro. Seguir confiando en semejante política sanitaria no era fácil. Por el contrario, era una mastodóntica exigencia de la voluntad. Y mi madre —y muchos otros— estaba dispuesta a afrontarla. Ya había llegado hasta aquí y así seguiría hasta el final. Continuar vistiendo anteojeras podía resultarle duro, pero evidentemente le resultaba más difícil juzgarse equivocada, admitirse dócil, tal vez reconocerse como una cobarde.

¿Yo? Yo también me había equivocado. Había reconocido cada uno de mis errores a su debido tiempo, incluyendo el presente. Por mi naturaleza optimista y diplomática, había concedido demasiado crédito a muchas de las medidas irracionales que se habían impuesto. A mí favor, puedo decir que nunca dejé de contrastarlas con mi propio juicio. Me esforcé en escuchar las voces críticas, muy minoritarias por cierto, casi inaudibles en medio del generalizado fervor controlador. No sin esfuerzo, por lo general tarde, admití mis interpretaciones erradas y ajusté con humildad mis posiciones. Traté de hacerlo en voz alta, para que no hubiera dudas de mi buena fe y para no privar a los demás, también, de la posibilidad de corregirse.

No se me debe malinterpretar. A pesar de los interrogantes, yo celebraba el desarrollo de las vacunas en tiempo récord y las consiguientes aprobaciones de emergencia, pues se trataba de un alivio fundamental para los grupos de riesgo. Había recomendado su aplicación a mis padres y volvería a hacerlo. De haber tenido ochenta años, también me las hubiera aplicado. Sin embargo, eso estaba muy lejos, lejísimos, de admitir la

vacunación por la fuerza. La decisión debía ser personal, basada en un análisis propio de riesgo-beneficio. Yo no era antivacunas. Había tenido que explicarlo una y otra vez. Sin ir más lejos, la semana previa a la Navidad me había aplicado la vacuna contra la hepatitis A. ¿La tenían aplicada en mi familia? ¿Y la de fiebre amarilla, tifoidea, rabia, gripe, neumonía, etc.? ¿Era válido discriminarlos por eso? ¿Ameritaba implementar un pase sanitario para averiguarlo y decidir al respecto?

Yo no era grupo de riesgo. Punto. Las probabilidades de morir por Covid eran extremadamente bajas. ¿Por qué debía correr a vacunarme cuando consideraba, con argumentos, que la vacunación implicaba riesgos? Sin dudas, la creciente presión social y estatal para que me vacunara no ayudaba a convencerme.

Uno debía vacunarse para cuidar a los demás. Este era el último argumento de los comprometidos paladines de vacunar al prójimo. Las personas debían asumir riesgos sobre sí mismos, en contra de su voluntad, para —supuestamente— proteger a los demás. El argumento, de por sí, me resultaba peligroso. ¿Quién determinaría en el futuro, ante situaciones cuestionables como esta, el alcance del difuso «cuidar a los demás»? Pero más allá de ese debate filosófico, ni siquiera el argumento de la contagiosidad era cierto en este caso: a pesar de las afirmaciones y promesas, las vacunas no prevenían los contagios y eso había quedado demostrado los últimos días, cuando la famosa variante Ómicron había contagiado a medio mundo. Hasta la misma OMS lo había admitido, si es que su palabra tenía algo de valor a esta altura de los acontecimientos.

Quizás el caso más demencial fuera el de los niños. La mortalidad por Covid en un niño era inferior a la de un adulto vacunado. Aun así, no solo se promovía su vacunación, sino que se lo hacía con vacunas sin estudios pediátricos publicados. Además, se los seguía sometiendo a micro-protocolos y barbijos en las escuelas, mientras el mundo adulto se movía con absoluta libertad en restaurantes, bares y estadios. Por primera vez en la historia, los niños debían sacrificarse, sin fundamentos, por los adultos. Un enfoque verdaderamente miserable.

En resumen, me resultaba inadmisibles que alguien se arrogara el derecho de presionar a los demás para que actuaran contra sus convicciones, especialmente cuando había tantos cuestionamientos sobre la mesa. Esto valía para mí, pero también para los demás. Más que la noble búsqueda del

bien común, el accionar coercitivo de la mayoría me parecía el corcoveo espasmódico de una manada asustada.

Había un ejercicio que me gustaba realizar. Se trataba de transportarme hasta el futuro e imaginar que, luego de tantos apuros y emergencias, descubríamos que algo había salido mal. En ese momento, nos preguntábamos cómo algo así podía haber pasado. Mirábamos hacia atrás y repasábamos los hechos. Y entonces llegábamos a la conclusión inevitable: «Y sí». ¿Cómo habíamos dejado pasar tantas irregularidades? ¿Cómo habíamos confiado en que la simple buena suerte nos salvaría? ¿Cómo pudimos ponernos en manos de tantos impresentables? La respuesta era de manual: el miedo lo justificaba todo. ¿Era entendible? Por supuesto. ¿Nos eximía de las consecuencias? Claro que no. La repetición de este viaje al futuro me ayudaba a ampliar mi perspectiva y ganar confianza en mis propios argumentos.

Palabras más, palabras menos, eso fue lo que le dije a mi madre en la plaza. Ella me miraba desconcertada. No estaba seguro de que me siguiera el hilo argumental. Ni siquiera de que me estuviera escuchando. Quizás se había perdido en el derrotero de mi razonamiento. Su atención estaba más allá de mí, a mis espaldas, como si buscara sobreponerse al presente de mis palabras y llegar por fin al momento de mi partida, cuando las malas noticias ya hubieran sido comunicadas. Mientras la miraba, y ella permanecía estática, me preguntaba si su boyante aturdimiento era ante mí o ante sus propios cuestionamientos. Sin dudas, ella los tendría, como todos, aunque no estuvieran en la superficie de su conciencia, aunque prefiriera la comodidad de mantenerlos archivados en el sótano.

Qué difícil, qué difícil era congeniar las conclusiones del propio pensamiento cuando entraban en conflicto con los «expertos», con las autoridades, con las mayorías.

Estiré mi brazo y, con sumo cariño, la empujé con dos dedos a la altura del hombro. Me miró. Vi en ella una mezcla de incomprensión e impotencia. Abrió la boca e intentó hilvanar una explicación que, como un embudo, terminaba siempre en las recomendaciones de su médico, de los médicos en general y de los «expertos». Casi al borde del llanto, me confesó estar asustada. Lo mismo ocurría con el resto de la familia; con la tía Norma y el tío Roberto. «No es personal», me dijo como conclusión.

Según mi madre, la decisión de excluirme de la cena navideña no había sido de ella, sino de «la mayoría». A pesar de mi insistencia, se negó

a detallar cómo se componía ese cuerpo o cómo se había llevado adelante el proceso democrático de expulsión. Las veinte personas involucradas estaban vacunadas. Yo las conocía y pude hacerme una idea de cómo se había construido esa voluntad deportadora. Nadie es inocente de sus decisiones, pero no los juzgué. Después de todo, los quería. Mi madre también se negó a explicitar cuál había sido su postura, es decir su voto, aunque se encargó de remarcar que la decisión adoptada le parecía «de lo más razonable».

Sobre el resto de la cuestión, debo decir que poco me importaba quedar afuera de una reunión donde los concurrentes me discriminaban por no estar vacunado. En verdad, poco me importaba quedar afuera de cualquier reunión de veinte personas.

De ningún modo yo quería entrar en conflicto con mi madre asustada, pero no podía permitir que el miedo, y mucho menos el ajeno, se impusiera sobre la sensatez. No podía, no. Sentía el indispensable deber de defender la abstracta pero sagrada institución del sentido común. Me resultaba imposible bajar la cabeza y conceder en silencio que la aberración de excluirme —de excluir a cualquier persona por ese motivo— fuera calificada como «de lo más razonable» por cualquiera, pero menos que menos por mi familia, y menos que menos por mi madre. No podía permitirme la conveniencia, y hasta el placer, de mirar para otro lado y pasar la Navidad solo, en casa, en silencio, comiendo una *lasagna speciale* acompañada por una deliciosa botella de vino *tope de gama*, para luego hacer lo que se me antojara, ya fuera irme a dormir temprano o partir hacia la fiesta más cercana. No podía ceder a la comodidad de evitar el conflicto con mi familia, de evitar el llanto de mi pobre madre, ni las duras disputas posteriores con mis hermanas. Debía ser fuerte. La cordura era un bien por el cual valía la pena luchar, exponerse y hasta sufrir. No solo por uno mismo, por la tranquilidad de poder mirarse al espejo cada día, sino también por los demás. Era un egoísmo demasiado grande dejarlos persistir en el error, cometer atrocidades y arrepentirse el día de mañana.

Fue por eso que decidí acudir a la cena navideña, a pesar de no estar invitado, de no haber podido emitir mi voto y de no haber podido acompañar este último con un breve discurso. En una palabra, a pesar de sentirme atropellado. Así se lo comuniqué a mi madre. Me miró sin comprender.

Sí, querida madre, la noche de Navidad me encontraría en tu puerta, para cenar con mi familia, como Dios mandaba. Asistiría bien vestido, bien peinado y sonriente. Llevaría regalos para todos. En la entrada, al aire libre, tendría el barbijo en la mano, porque el mismo decreto de necesidad y urgencia —que no era necesario ni urgente, ni legal ni constitucional— en el que mi familia se escudaba así me lo permitía. Sin embargo, estaba dispuesto a usarlo en el interior de la casa y estaba listo para comer en una mesa separada, a una prudente distancia.

¿Y cómo haría eso? ¿Cómo lograría impedir que las hombrías el tío Roberto y tal vez el tío Claudio me bloquearan el paso? Más elemental todavía, ¿cómo lograría que me abrieran la puerta? Pues muy simple. No llegaría solo a la cena navideña, sino acompañado por el doctor López Amuchástegui (LA), mi abogado personal, y por el doctor Juárez Ravena (JR), su escribano de confianza. Ante la puerta cerrada, el doctor LA se encargaría de informar sobre mis derechos legales, penales y constitucionales a quienes se atrevieran a excluirme. El doctor JR, a su vez, sería testigo de todo el procedimiento y la prueba viviente de lo que fuera a ocurrir. La advertencia era clara. En cuanto alguien me impidiera el paso, los acontecimientos conducirían a una denuncia penal, contra ellos y contra todos los que yo pudiera alcanzar con la misma. Los términos serían lo más amplios posibles, incluyendo discriminación y —tras la muerte de mi padre— los derechos sobre la casa. Acto seguido, mi denuncia conduciría a un proceso judicial que estaba dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias. «No es personal», le aclaré para terminar.

Los ojos de mi madre parecían haber visto al mismo Lucifer.

¿Pero acaso los doctores LA y JR no tienen familias? Sí, querida madre, claro que tienen, pero no olvides que son abogados. Me he ocupado de convencerlos a fuerza de dinero y promesas de fama. Esta historia está condenada a terminar en los medios y, sin dudas, los doctores alcanzarán una altísima exposición. Al igual que la familia, al igual que vos y, muy a mi pesar, al igual que yo. La cena navideña será un desastre de resultados imprevisibles, pero el buen juicio estará a salvo. Así que prepárense, porque esto no va a ser fácil.

Mi madre quedó congelada, como si mi determinación fuera la mitológica mirada de un basilisco. No volvió a emitir palabra, ni sobre este tema ni sobre ningún otro. Después de un rato, miró para otro lado. Cuando hice lo propio, se descongeló y anunció que se marchaba. Me dio un beso

zombi, se puso el barbijo y se fue caminando con mucha lentitud, sola, como había llegado.

Los días que siguieron fueron como los había imaginado. Decenas de llamadas de familiares, indignados, tratando de averiguar si mis advertencias eran ciertas y, ante la confirmación, buscando disuadirme. A mis planes los llamaban «locuras» y, de prosperar, auguraban un «quiebre definitivo» de nuestra relación familiar. Yo no me inmutaba ante las amenazas. Si algo había aprendido estos últimos dos años, vividos bajo un permanente terror discursivo, era a relativizar las intimidaciones y los pronósticos catastróficos. Escuchaba las interminables exigencias de mi familia con infinita paciencia, como un milenario buda sentado, a la intemperie, sobre el punto más alto de una cumbre nevada. Mi respuesta se reducía a un genérico asentimiento. Luego, me despedía y cortaba.

Lamentablemente para todos, ya era demasiado tarde. Yo había cruzado el Rubicón. Había contratado y pagado a los abogados. Me había mentalizado. Me había comprometido conmigo mismo a no dejar solos a mis sobrinos. Pero sobre todo, me había jurado no dar marcha atrás bajo ninguna circunstancia. ¿Y qué peor cosa puede hacer alguien que desautorizarse ante sí mismo?

Los últimos tres días, la presión de mi familia era tan grande que decidí desconectar el teléfono, la computadora y el timbre. Quedé concentrado en casa, a la espera del momento más importante de la pandemia y, tal vez, de mi vida. Era la ocasión que el destino me había reservado para hacer una diferencia existencial en mi paso por este mundo. Tras una vida entera sentado en el banco de suplentes, era mi momento de entrar al campo de juego y brillar.

Llegó el día 24 de diciembre a la tarde. El doctor LA y JR se presentaron en mi casa. Vestían de traje, elegantes, aunque sin la acostumbrada corbata. El doctor LA traía un ramo de flores («para su madre») y se excusó de no haber comprado regalos para los demás, ya que «no los conocía bien». Idéntica salvedad hizo el doctor JR, pero para justificarse exhibió una botella de inconfundible buen vino tinto.

Yo estaba listo, así que salí de la casa y los invité a subir a mi auto, estacionado justo en frente. Luego de un breve intercambio de cortesías, el doctor LA subió adelante. El doctor JR subió atrás y, al hacerlo, «celebró» la suerte de tener allí mucho más espacio que su colega. El viaje sería de unas treinta cuadras.

Llegamos. Estacioné a unos pocos metros de la casa de mi familia. Al bajarme, pude reconocer los autos de los demás. Tocamos timbre. El tío Roberto abrió la puerta. Hubiera sido algo esperable que el tío Claudio lo secundara, pero al parecer era cierto que ante la escalada del conflicto había pedido que «a mí no me rompan las pelotas». Por desgracia, llegado el caso, esa declaración no iba a eximirlo de mi denuncia penal.

Los doctores JR y LA exhibieron sus entrenadas caras de poker, con el ramo de flores y la botella de buen vino en brazos, como si fueran las bendiciones de nuestra familia ensamblada. Supongo que mi cara era una mezcla de nerviosismo y goce, cubierta por una fina película de actuada neutralidad.

El tío Roberto me miraba con furia, pero así como no se había atrevido a contradecir las equivocaciones, las mentiras y las amenazas de las autoridades durante la pandemia, tampoco lo iba a hacer con mis compañeros representantes de La Ley ni con el poder que representaban. Masticando una bronca interminable y sin decir una palabra, se hizo a un lado y nos dejó pasar. Como gesto de buena voluntad, me puse el barbijo e invité a los doctores a hacer lo mismo.

Con una falsedad encomiable, los doctores saludaron a cada uno de los presentes. Lo hicieron con gran dedicación, como si fueran la familia de una nueva prometida a quien se quiere impresionar. A cambio, obtuvieron discreto desprecio en abundancia.

Pasamos al salón comedor. Había tres mesas. Una grande para los adultos, una mediana para los chicos y otra más pequeña para nosotros. La nuestra era la más alejada, en teoría por cuestiones sanitarias.

Nos sentamos. Los doctores simulaban estar a gusto con gran destreza. Recibieron con gran júbilo el pequeño brasero con asado y las fuentes con ensalada. Por ejemplo, coincidieron en destacar «la pinta» de la ensalada rusa. Comieron, bebieron y conversaron con la mayor naturalidad. Uno de ellos, inclusive, se atrevió a pedir un aplauso para el asador y se lanzó a comenzar. Mi familia lo siguió sin entusiasmo, entre miradas de desaprobación, solo porque el tío Claudio en verdad lo merecía.

Tocaron las doce. Mis familiares se pusieron de pie y brindaron. Yo brindé con los doctores y, de lejos, los tres nos sumamos al brindis levantando la copa en dirección a ellos. Solo mi madre y los chicos, con cierta pena, nos miraron. Luego, mis familiares se saludaron con tosca algarabía. A nosotros, solo nos dedicaron desconfiadas miradas de reojo.

Con los saludos finalizados, los chicos pudieron liberar la ansiedad acumulada de los regalos. Corrieron al árbol y comenzaron a abrirlos, tanto los propios como los ajenos. Yo les había preparado unos pequeños cuadros con frases famosas, alusivas a la reflexión, el respeto y la libertad. Eran muy simpáticos y coloridos. Mi deseo era que, con el pasar de los años, pudieran llegar a comprenderme. Y, si acaso lo merecía, perdonarme. Durante la noche, los pequeños me habían mirado con timidez y cautela. La histórica afección que nos teníamos se había visto empañada por el conflicto en marcha. Sin dudas, los últimos días habían escuchado comentarios poco amables sobre mi persona. Ellos no podían llegar a entender la escaramuza y en esa confusión se debatían.

A diferencia de otros años, para los adultos yo había comprado regalos estándares y aburridos. Remeras, pantalones y medias, según la categoría del familiar. Y para los doctores, como para no dejarlos afuera del momento, había comprado una pequeña mermelada artesanal para cada uno. Como era de esperar, se mostraron por demás complacidos, al borde de una poco creíble emoción.

Mis familiares no me habían comprado nada. Y estaba bien. No había previsto otra cosa. Por supuesto, tampoco habían contemplado regalos para los doctores.

Apenas los regalos quedaron descubiertos, los doctores anunciaron que «con mucho pesar» debían marcharse. Supuse que debían encontrarse con sus propias familias. Destacaron la «exquisita comida», agradecieron la «inolvidable velada» y se despidieron hasta la próxima. «Esperemos que no sea muy pronto», aclararon con sonrisa pícaro, tal vez amenazante. A cambio, solo obtuvieron un rencoroso silencio.

Yo tampoco tenía mucho más que hacer allí. Sin los doctores, me hubiera sentido desnudo ante los demás. Por lo tanto, aproveché y me sumé a la despedida.

Ya afuera, ofrecí llevar a los doctores adonde me lo pidieran. Me agradecieron, pero aseguraron que les sería más conveniente tomarse un taxi en la avenida de la esquina. Nos despedimos ahí mismo.

Llegué a casa. No era todavía la una de la madrugada. Sentía una gran excitación. Aun así, me acosté con la intención de dormirme. No pude hacerlo en profundidad y a eso de las cinco de la mañana me desperté y quedé desvelado. Era la ansiedad. Una conocida y esperable ansiedad.

Me levanté y encendí la computadora. Cargué la página del más importante diario argentino. Entre las principales noticias, como lo habíamos acordado con los doctores, estaba la siguiente: «Insólito. No vacunado asiste a cena navideña con sus abogados, bajo amenaza de juicio penal si es excluido». El epígrafe decía: «¡Feliz denuncia penal!» El periodista amigo de los doctores había cumplido. De hecho, ni siquiera había cambiado una coma del titular que yo mismo les había propuesto.

Volví a la cama. Sonreí pensando en la semana que comenzaba. Sería intensa. La noticia rebotaría en todos los medios, encendería el debate público y dispararía decenas de entrevistas. Yo nunca había estado más preparado. Pensando en ello, cerré los ojos y me entregué a un sueño feliz y lleno de esperanza, como correspondía a ese día. Después de todo, era Navidad.

Para qué levantarse

*«¿Qué es un hombre rebelde?
Un hombre que dice no.»
Albert Camus*

Hasta hoy, hacía días que no me levantaba. Tal vez semanas o hasta meses, no estoy seguro. Hundido en la sinrazón, también había perdido el interés en contabilizar el paso del tiempo.

El por qué no me levantaba era muy claro: no tenía razones para hacerlo. Esta misma explicación, sin embargo, no era ni simple ni contundente. Durante mucho tiempo sí me había levantado, a pesar de no contar con razones que lo justificaran.

Cuando digo que no me levantaba, me refiero a eso que cualquiera puede imaginarse. Por la mañana, cuando sonaba el despertador, simplemente lo apagaba y me quedaba en la cama. A veces continuaba durmiendo, a veces remoloneando y a veces buscando razones para levantarme. Estos tres estados se alternaban y fundían de modos diversos, en especial durante la mañana. A medida que el día avanzaba y el sueño se agotaba, el remoloneo todavía tenía lugar, pero sobre todo crecía la búsqueda de razones para levantarme. Y no podía encontrarlas.

Tras varios días así, dejé de programar el despertador.

Con el despertador o sin él, transcurría en la cama el día completo. Por supuesto, con el pasar de la horas, no tenía más remedio que movilizarme para ir al baño o comer algo, obligado por las necesidades físicas más elementales. Necesitaba también estirarme un poco, ya que tantas horas de postración terminaban por agobiarme el cuello o la espalda. De a ratos, deambulaba por la casa sin un criterio preciso o me sentaba en una de las sillas mientras me perdía mirando a través de la ventana. Otras tareas indispensables, como recibir los pedidos de comida o sacar la basura, también me obligaban a dejar la cama de ese modo superficial e inevitable que no alteraba en lo más mínimo la pasividad fundamental en la que había elegido establecerme.

Más allá de que posaba mis pies en el suelo, me erguía sobre ellos y caminaba un poco por la casa, lo justo es decir que no me levantaba. Lo que ocurría, en verdad, era que me extendía desde la cama, como lo hace un

brazo cuando se estira desde el cuerpo. Lo hacía siempre en pijama, pantuflas y envuelto en mis mantas. Yo era una pequeña nave exploradora que dejaba la nave camanodriza y se aventuraba en un más allá bastante cercano durante unos pocos minutos; o un satélite atrapado en la gravedad del astro camístico principal; o una verdadera cama ambulante, hija y dependiente de la principal. Luego de estas humildes expediciones, volvía a la cama y me entregaba una vez más a la búsqueda de al menos una justificación que me permitiera ponerme de pie, pero de verdad.

Si ahondo en esos detalles no es para perder el tiempo, sino para buscar la comprensión por el más largo camino del reverso.

La imagen, debo admitirlo, era deprimente. Sin embargo, no me sentía deprimido. O, por lo menos, no me sentía con ganas de morir. Por el contrario, me sentía extremadamente vivo; más todavía, hacía años que no me sentía tan vivo. Yo no quería dejar de vivir, sino todo lo contrario, quería vivir plenamente. Por eso me retiraba del mundo exterior y de mi vida equivocada en él. Eso no significaba estar bien, pero era un inmejorable punto de partida. Mucho peor era estar mal y, además, sentirse al borde de la muerte.

Los deprimidos, muchas veces, no admiten su depresión. Cabía la posibilidad de que yo sí estuviera deprimido, más allá de lo que acabo de decir. Si ese era el caso, las consecuencias relativas no variaban demasiado. No estaba más deprimido que antes, cuando todavía me levantaba. Simplemente, abandonado en la cama, mi vida era consistente con ese estado. Me había hecho cargo. Había encarnado mi posible depresión y la vivía en plenitud. Ya no escapaba de ella. No estaba dispuesto a seguir fingiendo que no necesitaba razones para levantarme. Y si lo estaba, aquellas que me había inventado resultaban insuficientes.

Esto era muy difícil de comprender para los demás.

Mis empleadores, por ejemplo, no solo lo consideraban incomprensible, sino también inaceptable.

—Buen día Juan, hace tres días que no venís a la empresa y no tenemos ninguna noticia tuya.

—Es cierto, les pido disculpas, aunque solo por la falta de noticias.

—¿Por qué no estás viniendo?

—No voy a mentirles. No tengo razones para levantarme. Ni, mucho menos, para ir a la empresa.

—Mirá qué interesante. Tenés un compromiso asumido, te estamos pagando y estás perjudicando a tus compañeros. A mí me parecen muy buenas razones.

—A mí no, aunque de verdad lo siento.

—Necesitás el dinero para vivir, quizás esa te parezca mejor.

—No, de hecho, me parece peor.

—Ah, fenomenal. El señor no necesita dinero para vivir.

—Tengo algunos ahorros. Con suerte, en unos meses habré encontrado una razón para levantarme.

—Juan, no podemos esperarte «unos meses». Y menos para eso.

—Lo sé.

—Vamos a tener que despedirte.

—Adelante.

La economía suele ser la primera en darse cuenta de que las cosas van mal. Es muy difícil engañarla, por más que millones de voluntariosos aún lo sigan intentando.

Las madres suelen ser las segundas. A mi madre solo pude engañarla un poco más. La noticia llegó rápido a su todopoderosa percepción y, probablemente antes todavía, a su todopoderoso oído. Algunos dicen que las madres siempre comprenden. Otros dicen que nunca. La mía, en este caso al menos, no comprendía.

—Juani, vos no estás bien, a mí no podés engañarme.

—Es cierto... no estoy bien. Hace mucho que no estoy bien.

—Pero ahora dejaste el trabajo. Esto es grave.

—Siempre fue grave.

—Estoy preocupada.

—Siempre estás preocupada. Como verás, nada ha cambiado.

—No seas malo, Juani.

—Mirá el lado positivo: ahora, al menos, lo sabemos.

—Voy a ir a verte.

—No, por favor, eso no.

—Entonces voy a decirle a El Tío que vaya.

—No, mamá, te pido que... mamá, hola, hola...

El Tío era el Doctor Mosquera, el clásico doctor amigo de la familia. En realidad, era amigo de mi madre, pero luego de escuchar sobre él durante años en las mesas familiares resultaba muy difícil hacer esa diferencia. Lo había escuchado todo: sus diagnósticos, sus opiniones sobre

los temas más diversos, sus viajes a los congresos y hasta los avatares de sus familiares. Yo sabía más sobre Julia María y Darío Abelardo Mosquera —sus hijos— que sobre mis primos, algo sin lugar a dudas aterrador, especialmente para los jóvenes Mosquera si llegaran a enterarse (por cierto, el nombre Abelardo, aunque segundo, siempre me había parecido imperdonable; pobre Darío).

El Doctor Mosquera era médico psiquiatra. Había atendido a la madre de mi madre—mi abuela—durante varios años. La había ayudado a sobrellevar una enfermedad terminal. Y también le había dado consejo y apoyo a mi madre. Era un gran profesional, aunque se comprometía (y se entrometía) demasiado. Yo sabía que durante las próximas horas recibiría su visita no requerida e indeseada.

Sonó el timbre. Me levanté envuelto en mis mantas, muy despeinado, y abrí la puerta. La imagen seria, pulcra y provida del Doctor Mosquera se apareció ante mí. «Buen día, Doctor Mosquera». A pesar de mis deseos más primitivos, lo hice pasar. Este hombre, después de todo, había ayudado con vocación envidiable a mi abuela y a mi madre.

Nos sentamos a la mesa, aunque yo hubiera preferido recostarme en la cama y hablarle desde ahí.

—¿Qué pasa, Juani?

—Me llamo Juan.

—Sí, perdoname, es que así te llama tu madre cuando conversamos.

—...

—Me dice tu madre que estás mal. A juzgar por lo que veo, no está muy equivocada.

—Es cierto. Lo que no le dijo es que antes, cuando no me veía así, también estaba mal.

—¿Y por qué estás así?

—No sé para qué levantarme.

—¡Vaya novedad! Nadie sabe para qué levantarse. De eso se trata la vida, justamente, de seguir levantándose a pesar del sinsentido, a pesar de todo. Y si creés en Dios, tenés que saber que Él tiene un plan para nosotros, aunque a veces no lo comprendamos.

—No creo en Dios. Y estoy buscando razones, no un plan incomprensible.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? ¿Vas a quedarte acá hasta encontrarlas, como Pascal?

—Sí.

—¿Y si las razones están afuera?

—En ese caso, saldré a buscarlas.

—Muy bien. No me parece que estés deprimido, sino más bien un poco turuleco. Voy a dejarte mi número y si creés que puedo ayudarte, como médico o como persona, me llamás.

—De acuerdo, gracias.

Con letra impenetrable, el Doctor Mosquera escribió su número en un papel y lo dejó encima de la mesa. Yo me puse de pie. Siempre envuelto en mis mantas, fui hasta la puerta y la abrí para que el Doctor Mosquera pudiera irse. «Adiós, Doctor Mosquera». Turuleco, qué hijo de puta.

Mi madre creía en Dios. Y, justo después, creía en el Doctor Mosquera. El diagnóstico médico le trajo alivio y, gracias a ello, pudo dejarme en relativa paz durante las semanas que siguieron.

Esta calma recuperada, hecha de ausencia de diálogos e interrupciones, me permitió regresar a mi estado meditativo, siempre sostenido desde la cama.

Sentí, sentí y sentí. Reflexioné, reflexioné y reflexioné. Imaginé, imaginé e imaginé.

Ha pasado desde entonces un tiempo inconmensurable.

Pero las cosas han cambiado. Como dejé traslucir en la primera línea, hoy sí me levanté. Me afeité, me bañé y me puse mis mejores ropas. Salí a la calle a buscar un desayuno. Miré a las personas. Disfruté del sol y los árboles. Sonreí. Creí en el futuro. La razón que me ha permitido esta renovada convicción es frágil, posiblemente efímera y hasta quizás equivocada, pero también un refugio desde donde seguir adelante. Claro que puedo revelarla. Está ante ustedes. Y este es su punto final.

Arquitectura de la Venganza

*«Diga lo que quiera de mí el común de los mortales, pues no ignoro
cuán mal hablan de la Estulticia incluso los más estultos.»
La Estulticia, en el libro Encomio de la Estulticia, de Erasmo de
Rotterdam.*

También mal hablan de mí los mortales, incluso los más vengativos. No saben, o no quieren saber, que no hay mortal que no me lleve consigo; que soy una parte inescindible del espíritu humano; que acudir a mí, a menudo, significa la única oportunidad de alcanzar el noble ideal de la justicia; que el honor, a veces, es más importante que la vida misma; que mi existencia es una precondition indispensable para la grandeza humana. Tan deseable soy a veces, tan necesaria, que renunciar a mí significa la magnanimidad. Tan grises serían los mortales si no fuera porque vivo agazapada junto a sus conciencias. La literatura, el drama en general, el borroso límite entre la vida y la muerte, y muchos otros, me sitúan en un justo altar. No lo duden ni un segundo: soy la Venganza.

No me propongo con esta declaración sofistearos, como lo hiciera mi colega la Estulticia (hija de la Locura y la Estupidez) hace quinientos años. No deseo celebrar dioses ni héroes, ni tampoco divagar sobre mis progenitores o sobre mi lugar de origen. El tiempo es escaso. No quiero obligaros a escuchar sobre mi educación ni sobre mi séquito. ¿Y sobre el Amor Propio? Eso quizás sí, un poco. Pero tened por seguro que no deseo hablar contra la filosofía ni contra la ciencia. Tampoco contra los teólogos, los religiosos o los monjes. No vengo, de modo alguno, a despreciar a las mujeres; por el contrario, me siento seriamente identificada con ellas. Tampoco a tratar de convencerlos durante interminables capítulos sobre los beneficios de mi existencia. Por sobre todas las cosas, no vengo a encomiarme.

Me tiene sin cuidado lo que haga la Estulticia. No es mi propósito juzgarla, ni mucho menos emularla. No podría hacerlo aunque quisiera, pues ella es más risueña, distraída y ocurrente, va por la vida bailando, bebiendo y riendo. Desdramatizando. Burlándose de extremistas como yo.

Lo mío siempre ha sido más brutal y contundente. Y esta no será la excepción.

Por sobre todas las cosas, me interesa esclarecer los acontecimientos ocurridos entre don Juan Manuel Herrera y el alemán barbudo, descritos en el vulgar relato titulado *Duelo de venganzas*, cuyo autor es el mismo don Juan Manuel. El argumento de la historia lo resumiré unos párrafos más adelante. Tan solo dejadme adelantaros que la historia es verídica. Y que me tiene como protagonista fundamental, aunque el autor sugiera mi existencia casi por casualidad, como una accidentada consecuencia de la *olla de grillos* que es su pensamiento.

No despliego esta tarea explicativa por caridad informativa. No es de mi interés, bajo ningún punto de vista, formaros. Lo que de veras me interesa es evitaros las mezcolanzas de don Juan Manuel sobre temas importantes. Su confusión conceptual lo conduce a la incomprensión de los escenarios que plantea y, como efecto inevitable, deriva hacia el país de las decisiones equivocadas. ¿Y a dónde puede llevarnos el desacierto si no es a la desgracia? Para lograr tal cometido, me propongo desvestirme ante vosotros. Ahondar en la naturaleza de mi existencia, es decir, en mis motivaciones y mi comportamiento. Al final de estas líneas, podréis continuar con vuestra vida portando una cabal comprensión de quién soy, cómo me desenvuelvo y por qué. De ese modo, sabréis manejar con mayor sabiduría los impulsos de vuestras venganzas internas. Pequeños demonios como yo que siempre os acompañarán. Con la bendición de esta información y un poco de suerte, evitaréis encarcelamientos, muertes y, lo peor de todo, arrepentimientos.

¿Por qué me importa ayudaros? Porque, como podéis apreciar, yo también padezco de problemas existenciales. Como le ocurre a los mortales básicamente realizados, soy una víctima del absurdo. Aunque tengo una brutal comprensión de mi misión, desconozco la motivación última de mi existencia. Y sospecho que nunca podré conocerla. Entonces, me vuelco a la tentadora utopía de la trascendencia. Me insufla aires de grandeza condenados a la frustración. Elijo creer, como don Juan Manuel, que a través de mis palabras puedo dejar una estela de importancia tras de mí. Llego a creer que si mi intervención aquí hace de una sola vida algo mejor, mi impenetrable existir estará justificado, aunque más no sea entre la forastera raza de los mortales.

¿Y por qué predico entre vosotros, seres enfermizos y a menudo tristes? Porque, a pesar de vuestras miserias — algunas de las más terribles me tienen como protagonista —, sois las únicas entidades verdaderamente impredecibles. Las únicas capaces de ser influenciadas hasta extremos inimaginables en una infinidad de direcciones. ¡Tan previsibles son los dioses y las pasiones! En cambio, los mortales podéis girar por completo en cualquier momento, por motivos de lo más arbitrarios y emocionantes. Podéis, por ejemplo, entregar vuestra propia vida (y con ello la mía) a una causa que consideréis justa, aunque más no sea un puñado de insensateces. Mis amores. Como si la justicia existiera. Como si a alguien le pudiera importar lo que unos setenta kilos de carne condenados a desaparecer puedan hacer en algún rincón del universo inabarcable. Vosotros los mortales sois seres contradictorios e inspiradores, cuyos corazones vale la pena disputar a cada instante.

Nosotras las venganzas, en cambio, somos de una rigidez agobiante. Carecemos de un futuro abierto, es decir, de libertad. Estamos condenadas a cultivar la ira, promover el rencor y propiciar el castigo. La pulsión de daño no es más que un destino. Somos Sísifo, empujando cuesta arriba la piedra de la punición. Solo obedecemos una ley en el mundo y en la historia: la del Talión. Tan árida es nuestra existencia, tan gris la gama de nuestras posibilidades, que hacen de nuestra vida un gigantesco desierto de furias. Vosotros, los mortales que habitamos, sois el único oasis de dónde beber un poco del agua de la aventura. ¿Qué sería de nosotras, las venganzas, sin vuestra locura?

Deseo ahora adentrarme en el corazón de esta intervención. Se torna indispensable comenzar por rectificarme. Mi autodefinición como *la Venganza* no es del todo correcta. Es tan solo una eficaz aproximación, un primer esbozo que busca ayudaros tan solo a tener una primera imagen de mí. Con este objetivo ya alcanzado, estoy en condiciones de decir que soy *la venganza de don Juan Manuel Herrera en el caso del alemán barbudo*. Un nombre tal vez demasiado largo, algo así como la titulación de un expediente judicial humano.

Mi verdadero nombre encierra los tres niveles en los que se organiza la Venganza. Con un poco de atención, esos tres niveles pueden inferirse. Soy una venganza. Vivo en don Juan Manuel Herrera. La razón de mi existencia es el caso del alemán barbudo. De los tres niveles, yo vivo en el escalón más bajo, el de las venganzas más específicas.

En el escalón más alto de la Venganza se encuentra la Venganza Absoluta. A veces, referida solo como la Absoluta. Se trata de una entidad abstracta, conceptual, nunca encarnada en el plano material del cosmos. Ubicada más allá de los dilemas, constituye la idea última de venganza, su definición. Así como los mortales tienen a sus dioses, nosotros tenemos a la Absoluta. No en el pedestal de una creadora o salvadora, sino en el de una referencia común que nos ayuda a mantenernos aglutinadas. Y tal vez a darnos alguna clase de identidad compartida.

La Absoluta es inaccesible. No es posible contemplarla, y no porque se esconda. Tampoco pedirle consejo, ya que no se manifiesta de ninguna forma. Nunca la encontrarán desgranando una pieza argumental como esta. Y eso tiene mucho sentido. El silencio es la mejor estrategia para evitar divisiones. Sería de una gravedad inusitada que el masivo pueblo de la Venganza se expusiera a un cisma. Es posible que la existencia de este principio sea la demostración manifiesta de su sabiduría. O de su inexistencia, aunque con esto corra el riesgo de sonar blasfema. Mis palabras podrían ser tildadas de heréticas, pero no dejarían de ser la pura verdad: muchas veces, siento que la Absoluta no existe. Si no fuera por nuestra completa falta de ambiciones, las venganzas de los estamentos inferiores caeríamos en su lícito cuestionamiento.

Creemos eterna a la Absoluta. Siempre ha existido y siempre existirá. Está más allá de nosotras, las mortales. Se la puede encontrar a la altura de una noción metafísica y, por lo tanto, se autocontiene. Discutir su fortaleza significa no entender de qué estamos hablando. Cualquier discusión por el estilo es distraerse en otra dimensión, abandonar el sentido. En momentos de zozobra, se constituye como un refugio de esperanza y un conveniente — por lo impreciso — espejo donde mirarse.

En el siguiente escalón, el intermedio, se encuentra la Venganza Humanidad. Se trata de instancias de la Absoluta que habitan en cada uno de los mortales. Venganzas más concretas y delineadas. Establecen una relación de uno a uno con los humanos. Cada una de estas venganzas desarrolla su propio carácter, de acuerdo a las características específicas del mortal habitado. Cada uno de ellos es un campo de batalla, un debate parlamentario, una partida de ajedrez. En su interior, se toman decisiones todo el tiempo. Es destino de la Venganza Humanidad intervenir y hacer prevalecer el milenarismo criterio del ojo por ojo. Se trata de un paciente

trabajo de orfebre, por medio del cual se enhebra una sutil presión permanente sobre la conciencia del anfitrión.

La Venganza Humanidad no opera sobre casos particulares. En cambio, promueve la idea general de venganza en el mortal habitado. Día a día, entre susurros, refuerza los argumentos que prueban sus bondades. Opera. Ante conflictos ajenos, relata los acontecimientos de un modo que solo puede conducir a la necesidad del castigo por la mano propia. Sin excepción, desgasta la idea del perdón. Ridiculiza el cristiano recurso pacificador de ofrecer la otra mejilla. Es un adoctrinamiento cultural. Prepara el terreno para que la llegada de los casos particulares no representen una sorpresa, sino un momento largamente esperado, cuyas consecuencias no pueden ser otras que la violencia.

Así como los países tienen presidentes, las mortales tenemos Venganzas Humanidad que dirigen de un modo amplio nuestras políticas de venganza, guías rectoras que son en verdad solo una: vengarse siempre, como sea y a cualquier precio.

La Venganza Humanidad nace y muere con el mortal que habita. A pesar de semejante grado de intimidad, no se involucra sentimentalmente con su anfitrión. No comparte sus objetivos, ni sus deseos, ni siquiera la necesidad primaria de la supervivencia. Si para ejecutar una venganza todos — mortales y venganzas asociadas, ella misma incluida — deben morir, no dudará ni un instante en levantar el puño y avanzar gritando hacia el último cadalso.

Finalmente, en el tercer y último escalón de las jerarquías vendetianas se encuentra la Venganza Caso. La más granular de las venganzas. Tiene el menor poder general, pero el mayor poder específico. Dentro de cada uno de los mortales, se desatan a lo largo de su vida miles de situaciones que exigen justicia. Para cada una de esas situaciones nace una pequeña Venganza Caso. Su razón de ser consiste en cumplir el invariable albedrío de la Venganza Humanidad (y en un sentido más amplio y filosófico, de la Absoluta). Es la micro-ejecutora de una organizada voluntad superior, su incansable operaria. La hormiga obrera de una masiva colonia llamada Venganza. La primera línea de fuego de una armada que no duda en repudiar el futuro y la civilización; los mortales, para no perder su humanidad, deben preservar sus instintos más primarios, sean virtuosos o ruines.

Yo soy una Venganza Caso. Aquí vivo, esta es mi tribu y mi hogar. No mi comunidad, ya que las de mi clase no interactuamos. Estamos demasiado ocupadas en propiciar la revancha como para distraernos en cuestiones sociales.

Algunas Venganzas Caso sospechan que la existencia de la Absoluta es una mera invención de las Venganzas Humanidad. Un recurso discursivo para un mayor control de nuestro accionar. A pesar de mis propios cuestionamientos, desestimo esta posibilidad. Las Venganzas Caso somos tan obtusas que jamás necesitaríamos de este tipo de manipulación para continuar haciendo nuestro trabajo. ¿Qué otra cosa podríamos hacer, a fin de cuentas, ante una hipotética liberación de nuestras creencias?

Las Venganzas Caso nos sabemos condenadas a desaparecer desde un primer momento. Esto ocurre —vaya paradoja— cuando somos exitosas: al vengarse un mortal para un caso particular, la Venganza Caso asociada a él no tiene más remedio que morir. De no ejecutarse nunca ese desenlace, la venganza en cuestión sobrevive junto al mortal hasta el último de sus días, machacando en su conciencia sobre la obligación vital de no partir de este mundo sin el bálsamo de la justicia.

Esa es, mis amigos, la arquitectura de la Venganza.

Ya estamos en condiciones de volver a la historia de don Juan Manuel. De ningún modo es necesario conocer sus detalles, aunque es posible que ya hayan caído en la relativa astucia del autor para capturar distraídos y someterlos a la lectura de sus equivocaciones. En caso de que aún estéis a salvo, os ahorraré el suplicio y os resumiré el argumento en este único párrafo. En el relato, don Juan Manuel expone —con exceso de detalles y variopintas limitaciones literarias— la historia de un contrapunto de venganzas. Su adversario, el alemán barbudo, es hipotético; solo existe con certeza en la problemática cabeza del autor. Por razones carentes de importancia, las bicicletas de don Juan Manuel y el alemán barbudo quedan atadas, juntas, con sus dos cadenas respectivas. La esgrima psicológica —muchos aburridos modernos hablarían de «teoría de juegos»— consiste en la tentación cruzada de sostener el bloqueo de las bicicletas con el único objetivo de dañar al adversario, aun al precio del propio daño. Asumiendo, inclusive, el riesgo de que el conflicto escale y se salga de control. Finalmente, de un modo poco creíble, el autor concluye que la mejor venganza hacia el alemán barbudo consiste en evitar la reacción y, con ello, impedir su descarga. Por si no fuera suficiente, arguye iluminación al

concebir que la venganza suprema no es ni siquiera esa, sino la creación de una obra de arte a partir del conflicto. Montarse sobre la venganza para dar lugar al milagro de la creación. No solo evitar la guerra, sino embellecer el mundo. Esta revelación lo eleva por encima de tan bajas pasiones y, gracias a ello, lo corona como el vencedor indiscutible de la refriega. Su victoria es entonces filosófica y, por lo tanto, fundamental. Un argumento de un infantilismo sobrecogedor.

¿Acaso alguien puede vivir en paz, pintando un cuadro, luego de padecer una afrenta imperdonable? No, mis amigos, esto puede ser una hermosa posibilidad en el mundo de las ideas, pero de ningún modo en el nervioso mundo de la realidad. No hay cuerpo que resista semejantes evasiones. Los estómagos, los corazones o las cabezas terminan por estallar. Las células del cuerpo degeneran y se expanden. Ya no hablamos de honor o de justicia, sino de la salud más elemental. Pero hay más. Mirémoslo desde la perspectiva del alemán barbudo: ¿qué clase de mortal se queda compungido por no obtener reacciones a un mal que ha realizado? Dejadme daros una pista: ¡ninguno! Para los mortales, no hay mejor escenario que el de hacer un mal —sea por venganza o no— sin temer a las represalias. Para estar seguros de que no me equivoco, pensad lo mismo pero de un modo inverso: ¡cuántos más males harían los mortales si no temieran un castigo como respuesta!

Por el ya detallado origen de mi existencia, he vivenciado el conflicto con el alemán barbudo desde una posición de privilegio. Creedme cuando os digo que solo había un camino aceptable: la venganza feroz e incondicional. Jamás creí en la superioridad de la pasividad deliberada o de la creación artística como respuesta a la imperdonable afrenta de nuestro adversario. Nada ni nadie hubiera podido hacerme cambiar de parecer. El día que encontramos las bicicletas encadenadas, fui dada a luz como un vendaval atronador. Quería la muerte lisa y llana del alemán barbudo. Quería su sufrimiento, su tortura, su destrucción más irracional y descarnada. Quería que arda, junto a su bicicleta, su auto y su casa. Quería salvar su cabeza y exponerla en una pica, como hacían los hombres de verdad hace cientos de años.

¿Quiénes eran entonces las fuerzas que alentaban esa retracción cobarde presentada bajo los suntuosos ropajes de la magnanimidad? ¿Acaso el Perdón? No. ¿Tal vez la Grandeza? Tampoco. ¿Era el Amor Propio, de quien ya hablamos al principio? Diría que casi: era el Orgullo, alentado por

la Idealización y el Romanticismo. Don Juan Manuel era un mortal por demás orgulloso. A veces, inclusive, su orgullo cruzaba la nebulosa frontera con la Soberbia. Creía ser mejor que el alemán barbudo y estaba resuelto a demostrarlo. No iba a rebajarse a su nivel. No iba a destrozarle la bicicleta, ni a bloqueársela, ni a buscarlo para molerlo a golpes. Para él, el Orgullo era más importante que la Venganza. O tal vez era su forma —equivocada— de entenderla.

En cierto sentido, puedo comprender la confusión de don Juan Manuel. Por lo general, soy socia del Orgullo. Es él quien busca asociarse conmigo para remediar las heridas que puedan haberle infligido. Sin embargo, bajo ciertas circunstancias, el Orgullo es presa de sí mismo y cree que debe ir más allá de la aspereza de mis recursos. En esas ocasiones, subido al carro de la Soberbia, usa la palabra «ultramontana» para describirme. Yo no me inmuta. Son meros artilugios retóricos para bajar el precio de lo indiscutible: mi eficacia.

La viva confusión sobre mi delineamiento dura hasta el mismo final de la historia. En el último párrafo, don Juan Manuel habla de «venganza orgullosa». No logra separarme del Orgullo. Aun en su desorden mental, todavía puede reconocer mi voz firme. Me niego a darme por satisfecha. Le advierto que esto no ha terminado. La voz del Orgullo también se hace oír. Interfiere. Continúa predicando sus tontas ideas sobre la creación artística como castigo superador. Habla de volver a Alemania, de imprimir libros, de repartirlos por la ciudad hasta que encuentren al alemán barbudo. La confusión persiste.

Don Juan Manuel no llega a comprender —y espero que vosotros sí podáis hacerlo— que la Venganza nunca, nunca jamás, se conforma con trucos.

Lo posible

«Su rostro se había deformado por el azar o el destino, pero aún era ella.»

Peter Epr, al evocar su tardío reencuentro con la felicidad

Sentí una atracción incontenible por las dos desde el primer momento en que las vi, mucho antes de comenzar a conversar con ellas. Se veían y se movían como si fueran una, en una sintonía que, si no era natural, parecía haber sido construida durante años. Necesitaba acercarme a ellas, en todos los planos en que me fuera posible hacerlo. Y esta vez, a diferencia de muchas otras, mi deseo no se limitaba a la simple imaginación de un hombre, cuando la comodidad o la inseguridad terminan por imponerse, sino que estaba completamente decidido a llevar mis fantasías al terreno de la realidad.

Las paradisíacas playas tailandesas brindaban el contexto ideal. El espíritu de vacaciones, de libertad, de aventura, se hacía sentir en cada centímetro de la isla en la que el destino nos había reunido durante el mismo y cortísimo espacio de tiempo. El sol agobiante desvestía los cuerpos, los bronceaba y los transpiraba. El descanso nos llenaba de energía y la amenaza del final nos empujaba a liberarla sin especulaciones.

Ellas eran holandesas, un gran argumento, inclusive suficiente. Sus nombres, Hannah e Inge, lo reforzaban. Eran hermosas, aunque no tanto como para resultar inaccesibles. Y un par de años mayores, diferencia que me habilitaba y hasta me comprometía a una mayor audacia. Por último, supuse que la búsqueda de nuevas experiencias era lo que las había traído hasta aquí. Como ocurría casi siempre.

Mi latinidad encajaba a la perfección en ese escenario y no dudé en acentuar los estereotipos que —yo sabía— ellas pondrían a jugar en sus pensamientos. Esto era aún más importante a la hora de la impresión inicial, así que cuando me acerqué por primera vez, en la playa, fui despreocupado y sonriente, pero también decidido. La conversación y la noche avanzaron con rapidez. No perdí ni una oportunidad de bromear sobre sus bellezas y sus mayorías de edad. Me invitaron a cenar, convite que interpreté como un premio a mi desenvolvimiento.

Hannah descargó un golpe a mis intenciones cuando de manera tardía mencionó la existencia de su novio. Recuperado, decidí no prestar demasiada atención a este tipo de declaraciones que tantas veces habían demostrado ser una mera formalidad, una necesaria etiqueta para la fluidez de la conversación social.

Los días siguientes solo trajeron emociones intensas, es decir, felicidad. Y hasta por un momento, inclusive, pude olvidarme de ella, que estaba tan lejos. Recorrimos la isla en bicicleta, visitando cada uno de sus rincones. Nos bañamos en cada una de las playas secretas; cuando la situación lo permitía, desnudos. Y cada tarde nos sumamos a los partidos de vóley que se extendían hasta la caída del sol, junto a otros viajeros que venían desde los más lejanos rincones del mundo, con sus exóticos rasgos y lenguajes.

En un juego sobre el cual fuimos perdiendo el control sin demasiada preocupación, nos sedujimos lenta y silenciosamente, con la sugerencia implícita y mentirosa de que nada concreto ocurriría.

Yo realmente la deseaba y dejé que ese deseo se expresara de manera transparente cada vez que tuve la oportunidad de hacerlo. Sin ataduras, mis instintos se fueron inclinando hacia Hannah, equilibrando el complejo vínculo que los tres, conscientes o no, estábamos construyendo.

Fue una tarde, caminando juntos, cuando Hannah me confesó su insatisfacción con la vida que la esperaba de regreso en Holanda. Una tentación accesible cuando uno se encuentra rodeado de palmeras y aguas fosforescentes. La escuché con atención, alimentando su desahogo, y compartí con ella mi visión sobre el tema, una de mis obsesiones. Me pareció haberla conmovido y supe, a esta altura con seguridad, que me deseaba.

Los pocos días habían parecido semanas y el final de la aventura compartida comenzó a vislumbrarse. La cercanía emocional y física se había vuelto inocultable. Un natural sentimiento de temprana nostalgia se agregó al ya denso cóctel de sensaciones que crecía en nosotros. El momento de las definiciones se acercaba y, aunque no lo hablábamos abiertamente, todos podíamos sentirlo.

Esa noche, la última, compartimos dos botellas de un delicioso vino en la playa, bajo la protección de un mar calmo y miles de estrellas. Luego de una larga conversación y de un largo silencio que lo dijo todo, las besé, primero a Hannah y luego a Inge. Esos besos fueron puro sentimiento. Las

caricias se deshicieron en intensidad y el eterno calor tailandés comenzó a volverse insoportable.

Entonces, súbitamente, mientras yo besaba a Inge, Hannah soltó mi mano, se levantó en un solo movimiento y nos abandonó. Sin interrumpir a Inge, quien permanecía inmutable ante la partida de su amiga, intenté comprender lo que estaba ocurriendo. Los besos de Hannah, todavía frescos en mí, me dejaron saber que las respuestas debía buscarlas en su cabeza y no en su corazón. Quizás su novio, quizás Inge, quizás ambos.

Con dificultad, detuve a Inge por un momento e intenté convencerla de que fuéramos en busca de Hannah. Pero su única respuesta, corporal y silenciosa, fue la determinación de ocupar con firmeza el vacío que su amiga acababa de dejar. Rendido a la energía de su oposición, me entregué a la consumación incompleta de nuestra relación triangular. Cuando la permanencia en aquella playa se volvió insostenible (una soledad imperfecta, una oscuridad insuficiente), decidimos caminar hacia el sur, donde esperábamos encontrar la intimidad que por lo general provee lo lejano.

Llegamos al punto donde la playa se extinguía. Solo allí descubrimos las sombras y la tranquilidad que habíamos estado buscando. Había una gran pared gris, unas rocas y unos pastizales. El lugar era el menos agraciado de todos los que habíamos recorrido para llegar hasta ese rincón olvidado, pero a veces la belleza tiene la forma de lo necesario.

Sobre esa playa agonizante, con el mismo mar a nuestro lado y bajo las mismas estrellas, recomenzamos nuestro ritual de besos. Nos amamos como si fuera la primera o la última vez —de hecho, lo eran—, mientras sin decirlo pensábamos en Hannah.

Cuando el amanecer comenzó a insinuarse, nos levantamos y nos vestimos. Tomados de la mano, volvimos hasta el departamento donde Hannah quizás dormía. Al llegar, siempre afuera, despedí a Inge con un largo beso colmado de contradicciones que fue cargando mi pecho de angustia. Me miró alejarme y enviarme un último beso a la distancia antes de doblar en la esquina. Luego, ya sin poder contener el llanto, caminé sin rumbo hasta mi hotel.

¡Chau, burgueses!

*Sorprendían también las confidencias cambiadas en voz baja.
Hablaban de enfermedades, de dinero, de tristes preocupaciones
domésticas, muros de la prisión sin gloria donde esos hombres yacían. Y
bruscamente se me apareció la cara del destino...»*

Antoine de Saint-Exupéry

El nombre específico del lugar, es decir el lugar, no resulta importante. Diré tan solo que ocurrió en algún rincón de Buenos Aires, la ciudad amada y odiada, donde es tan habitual encontrar burgueses como encontrar a quienes los desprecian. Y donde también pueden encontrarse a ambos conviviendo en las mismas personas. ¡Qué tentador es ser revolucionario sentado a la mesa de un confortable café de Buenos Aires!

Yo soy una de esas personas ambivalentes, conflictuadas o confundidas. Cualquier análisis serio de mi estilo de vida, cualquier evaluación imparcial de mis pertenencias y, más importante, de mis prioridades, llegaría a la innegable conclusión de que soy un burgués. Serlo no me enorgullece en absoluto. Por el contrario, me atormenta. Bien lo saben mis amigos, quienes deben escucharme teorizar sobre el tema todo el tiempo. A mi favor, puedo decir que los burgueses clásicos no me consideran uno de ellos y a menudo se refieren a mí como un mero hippie o un bohemio. Como mínimo, una imprecisión. De hecho, los meros hippies y los bohemios me consideran tan solo un burgués no asumido, un pobre hombre de la ciudad insatisfecho.

Desde otro punto de vista, más conveniente a mi conciencia, puedo conjeturar que ser un burgués, o no serlo, depende de las palabras que se elijan para definirlo. Se trata de la mejor forma —en verdad, tan solo la más cómoda, la más burguesa— de ajustar una realidad desfavorable a la medida de nuestros deseos. Por eso, me gusta una definición de burgués a veces citada por Alejandro Dolina: «aquel más preocupado por la prosperidad que por el honor».

Lo antedicho no altera los hechos que describiré a continuación, pero me provee de cierta autoridad moral para describirlos.

Yo debía caminar a diario por aquel barrio porteño y durante mi recorrido no tenía otra alternativa que pasar junto a La Confitería. A través de su frente vidriado y luminoso, podía percibir su promesa de bienestar, cimentada en un planificado despliegue de cuidado, brillo y confort. Los grandes y relucientes exhibidores ostentaban una panadería de primer nivel, verdaderos manjares de una calidad estética deslumbrante. Los empleados, pulcrísimos, resplandecían con su uniforme blanco que incluía —a mi modo de ver, de manera excesiva— una especie de boina. Desplegaban comportamientos ejemplares y un discurso neutral, procedimentado y predecible. Las mesas eran sólidas, firmes, dignas de sostener la fuente máxima de placer: el producto. La música funcional, suave, se descubría ideal para distenderse y gozar. Contiguo, mucho más amplio que el interior, se extendía un salón externo amaderado, decorado con muchísimas y delicadas plantas en perfecta armonía. Un sigiloso sistema de refrigeración atenuaba los crudos inviernos y los salvajes veranos, sin renunciar a la sensación de estar en contacto directo con la naturaleza, ese ambiente teóricamente tan deseable. Y lo más importante, se estacionaban allí muchos burgueses, desahogados, dispuestos a vivir un momento de distensión y relax.

No me había sido fácil comprender que los clientes de La Confitería eran burgueses. Yo mismo había estado allí muchísimas veces, disfrutando de aquella ficción perfumada. Durante mucho tiempo había sido uno de ellos y de algún modo lo era todavía. ¡Qué difícil resulta advertir la realidad cuando uno se encuentra sumido en ella! Pero desde mi interior más recóndito, una verdad íntima emergía y me susurraba que algo importante hibernaba debajo de esa superficie aterciopelada. Entonces aguzaba mis sentidos y, cada vez que pasaba junto a los amplios ventanales, enlentecía mi paso. Mi espíritu perturbado me exigía interpretar a esos burgueses y, por qué no, interpelarlos. Observaba su tranquilidad aparente y cronometrada, sus miradas inquietas y divergentes, su salud a menudo deteriorada. Contemplaba cómo sujetaban la diminuta agarradera del pocillo y cómo se enamoraban de ese café negro y humeante, sorbiéndolo y regocijándose con efímero placer. Sí, los escrutaba hasta el detalle, porque precisaba descifrar la sospecha que, incontenible, crecía dentro de mí.

De ese modo tan inquieto pasé junto a La Confitería durante meses, meditando sobre esa imagen corriente pero atrapante que me acosaba durante el resto del día y a veces durante la noche. No era posible seguir así,

distrayéndome, derrochando energías. Se hacía necesario algún tipo de medida. A lo largo de las semanas que siguieron me debatí entre diversas alternativas que prometían golpear las murallas de ese mundo bruñido y sereno, en cuyo núcleo yo adivinaba, sin embargo, fervor. Finalmente, me decidí por una opción limpia y directa.

«¡Chau, burgueses!», casi les grité a todos los sentados en el extenso sector abierto de La Confitería que daba a la calle, la tarde siguiente a mi decisión. Acompañé mi saludo con una sonrisa deficiente —estaba nervioso— y mi mano en alto de un modo tradicional. Sobresaltados por lo inesperado, los burgueses se volvieron hacia mí con rapidez, casi con alarma, e intentaron comprender qué era lo que estaba ocurriendo. «¿De dónde había salido esa piedra perturbadora de nuestro inmóvil espejo de agua? ¿Quién había osado lanzarla y por qué?» Desorientados, posaron en mí sus ojos reclamantes bien abiertos. Ante la falta de respuestas, los mudaron a sus compañeros de mesa y luego hacia las mesas vecinas. Mientras tanto, yo cruzaba a lo largo de la vereda lateral y les devolvía la mirada, enfocada incómodamente (para ellos) en sus supuestas tranquilidades de conciencia. Así se sostuvieron los hechos, hasta que quedé fuera de su absorbente alcance visual.

La experiencia, breve y despejada, me llenó de satisfacción. Aun la acción más modesta sabía mejor que las cavilaciones. Las injustificadas disidencias de mis miedos se habían demostrado, otra vez, equivocadas. Con posterioridad, repasé minuciosamente cada una de las aristas de mi intervención, buscando exprimir las de contenido como a una naranja. Me felicité por los contados momentos que me parecieron destacados —inclusive sobresalientes— y me critiqué con rigor cuando consideré inadecuado un gesto o desmedida una expresión. Esta insistente revisión de lo acontecido no se explicaba por el placer de ejercitar mi tendencia al análisis, ni por el regodeo que podía llegar a obtener gracias a mi pequeña audacia, sino más bien como parte de los preparativos de mi próxima intervención.

«¡Chau, burgueses!», les grité a los clientes de La Confitería, esta vez sí con determinación y entusiasmo, configurando una actitud que me colmó de orgullo. La reacción fue en esencia la misma de antes, según pude apreciar durante los pocos segundos en que me empapé de sus rostros: bocas sorprendidas, ojos abiertos, expresiones desconcertadas. Ninguna novedad, pues el público se había renovado por completo y todos me

estaban viendo por primera vez. Pero no sería la última, pues estaba decidido a repetir mi accionar hasta que algo de importancia ocurriera.

«¡Chau, burgueses!», los saludé gritando todos los días que siguieron. Fueron saludos cargados de sentimiento y entrega, de pasión, en los cuales también exploré sutiles variaciones de tono, volumen y acento. Un día acompañé mi saludo con la habitual mano en alto, otro con los brazos bien arriba a modo de tardío reencuentro, otro con el dedo índice señalándolos, al estilo de una anotación dedicada. Dentro de cada combinación había, además, matices emocionales. Los brazos en alto podían denotar exaltación o nostalgia. Aunque lo mantenía en secreto, dejaba que el clima me influenciara, me inspirara... más que eso, dejaba que me tomara y se expresara a través de mí, como si yo fuera su mero instrumento, un artefacto humano diseñado para informar el estado del tiempo. Entonces, por ejemplo, si estaba despejado era radiante como el sol, pero si estaba lluvioso el saludo tenía tintes tristes y sabía a despedida.

De a poco, fui reconociendo a los burgueses que se repetían entre el público. La reacción a mi segundo saludo tenía también un patrón definido. Había sorpresa, sin dudas, pero era de una clase diferente. Era la sorpresa —y hasta la alegría— de confirmar que mi primera intervención había sido real y de que yo, efectivamente, existía; no había sido un simple error de la memoria, ni una vulgar exageración. Incorporaba además una cierta satisfacción, producto de haber presenciado el fenómeno antes que los demás. Eso los habilitaba a explicarlo con superación, como si se tratara de una normalidad solo accesible a los verdaderos habitués de La Confitería. «Ah sí, Marta, yo a este muchacho ya lo he visto, bla, bla...», calmaba con aplomo a su amiga una posible Silvia, acompañando el comentario con una mano maternal y tranquilizadora sobre el brazo sobresaltado de Marta. La veteranía de los reincidentes involuntarios se manifestaba también en la calidad de sus miradas. Cuando encontraba sus ojos y los conectaba para conocerlos, para darme a conocer, el mensaje que me enviaban era inequívoco —«ya te conozco»—, como lo era la intención de informarme que no los tomaba por sorpresa, ni los encontraba indefensos. Confirmado el reconocimiento, aceptado por mí con deleite, sus miradas se tornaban interrogantes —«¿qué es todo esto?»—, pero solo encontraban detrás de mi semblante, en el fondo de mi alma, un «ya verán, ya verán».

A fuerza de tiempo, comenzaron también a aparecer vecinos, amigos y familiares entre los burgueses de La Confitería. Yo había previsto esta

desagradable posibilidad, pero había decidido seguir adelante, pues ya había comprendido y aceptado la dificultad de intentar algo nuevo —de exponerme— ante quienes ya me conocían y eran portadores de una expectativa o un prejuicio sobre mí. Mucho más fácil era hacerlo frente a desconocidos, ante quienes podía abusar de una inmunidad cierta y generosa: la impunidad del anonimato. Las reacciones de los ya conocidos se demostraron más intensas e intolerantes, pues incorporaban la incomodidad de una relación que explicar ante los demás, la inconveniencia de tener que hacerse cargo. Y, por lo tanto, acentuaban la exigencia en sus visuales pedidos de explicaciones: «¿qué-es-to-do-es-to?!». No eran pocos los que me contactaban más tarde y, en efecto, me preguntaban «¿qué es todo esto?!». Con la mayor naturalidad, yo alegaba un saludo gentil y educado, como correspondía a personas de bien como nosotros, los burgueses.

Fueron los camareros los más expuestos a la evolución de los acontecimientos, pues no tenían más remedio que participar de ellos a diario. Ante mis primeras apariciones respondieron como los demás, con sorpresa. Luego mutaron a una sonrisa que insinuaba simpatía, casi complicidad. Inclusive, llegué a percibir apoyo. Tal reacción no me pareció extraña en absoluto. Tan solo bastaba imaginar la extenuación que podía producir en un ser humano la responsabilidad de atender burgueses durante horas, todos los días, en un lugar como La Confitería, dando respuesta eficiente a sus requerimientos de calidad, tiempo y servicio. Lo mínimo que los burgueses demandaban y, más importante, merecían. Después de todo, para eso trabajaban como perros. Para tomarse un cortado y comerse un escón en paz. ¡Tampoco pedían tanto, por el amor de dios!

Es inherente a la sorpresa su carácter efímero. La que invadía a los burgueses, producto de mis incursiones públicas, necesitaba convertirse en algo diferente. Ese nuevo estadio fue la molestia, a pesar de que mis saludos eran generalmente alegres y optimistas. Esa transición no me sorprendió, ni mucho menos me desalentó. La posibilidad cierta de incomodar a los burgueses había sido, en rigor de verdad, una de mis principales motivaciones.

Fue por eso que, con el correr de los días, el espíritu fraterno de los camareros fue virando hacia la preocupación más llana. Desde una posición privilegiada, ellos presenciaban —pero sobre todo, padecían— cómo el humor de los comensales declinaba luego de cada una de mis apariciones. A

medida que la molestia se extendía y se iba convirtiendo en cólera, los burgueses exigían explicaciones a los mozos, quienes por supuesto no las tenían. «¿Quién es este muchacho?! ¿Por qué está haciendo esto?!», demandaban agitando las manos, alternando sus miradas severas entre el indefenso camarero de turno y sus propios compañeros de mesa. El camarero no podía responder —¡claro que no podía, ya lo dije!— pero eso no los desalentaba, pues no estaban dispuestos a quedarse sin respuestas. Para eso pagaban, al fin y al cabo. «¿Qué quiere este muchacho de nosotros?! ¿Qué le hemos hecho?! ¿No puede La Confitería hacer algo?!».

La molestia de los burgueses se había convertido en indignación e iba en camino hacia la furia. La sola certeza de mi saludo a punto de llegar lograba desestabilizarlos e inducirlos a la desconcentración. Mientras aguardaban mi llegada, los burgueses conversaban de manera especialmente insustancial, intranquilos, con una parte de su atención concentrada en mi arribo inminente. Tan solo aparecer y mirarlos me proveía los detalles de su tirante espera. Sus cuerpos se tensionaban, irguiéndose ligeramente. Sus ojos iracundos levantaban temperatura, sus ceños se ensombrecían y sus cejas se arqueaban en la dirección del enojo. Los primeros en divisarme daban rápido aviso a los demás, mientras se removían excitados en sus asientos. Lo hacían con un sutil cabeceo, un toque manual o un «ahí llegó» dicho por lo bajo, suficiente, sobreentendible. A medida que todos se anoticiaban de mi arribo, el silencio se pronunciaba, como haciendo lugar a mi saludo. Durante las últimas semanas, ese silencio se había ido corriendo desde el después, nacido en la sorpresa, hacia el antes, hijo de la preocupada espera. Yo caminaba con la mayor lentitud posible y trataba de mirarlos a todos, de a uno por vez, para confirmarles que sí les estaba hablando a ellos, a cada uno. Nadie estaba a salvo. El nerviosismo crecía y solo mi esperado saludo lograba descomprimirlo. Entonces la desaprobación, el fastidio y —poco tiempo después— las descalificaciones brotaban hacia mí, mientras me desvanecía por el otro extremo de La Confitería.

Por su propia naturaleza, la situación era incapaz de permanecer estática. Debía seguir progresando o explotar. Los burgueses portaban una instintiva aversión al estallido y esto los conducía a buscar válvulas de escape. Entonces, ante mi sola aparición desataban murmullos y comenzaban a precalentar sus gargantas. Esperaban —y deseaban— mi saludo, quizás con la esperanza de liberarse algún día o quizás tan solo para seguir escapando. «¡Chau, burgueses!», les daba yo esa satisfacción

subterránea y ellos la aceptaban con oscuro placer, mientras explotaban de ira. «¡Esto es inaceptable!», ponían el grito en el cielo con una admirable expresividad, derivando sin escalas en insultos de lo más pueriles. La creciente intensidad del conflicto me invadía con violencia, como un río crecido, y llenaba cada rincón de mi cuerpo con deliciosa adrenalina. No podía pedir más.

Los burgueses estaban convencidos de que mi única y última finalidad consistía en provocarlos. Eso les resultaba intolerable. Los hechos concretos —debo decirlo— no los desmentían, aunque la verdad no resultaba tan sencilla. Sin embargo, no estaba dispuesto a iniciar debates aclaratorios, ni a promover una búsqueda de comprensión o consenso. Los burgueses compartían secretamente mi criterio intransigente, mi búsqueda pasiva del choque, así que no tardaron en ponerse de pie, amenazantes, para acompañar sus injurias. Tampoco en acercarse a la reja y pegar a ella sus rostros desencajados y enrojecidos por el rencor. Desde esa cercanía me maldecían de la manera más cruel. Más de una vez, creí que me escupirían. Sacaban, inclusive, los brazos entre los barrotes para intentar agarrarme o golpearme. Yo, me limité a alejarme medio metro de la reja de La Confitería.

Las caras desfiguradas prometiéndome violencia física consiguieron que me replanteara la continuidad de la turbulenta experiencia. La conveniencia práctica de hacerlo resultaba innegable, pero en cambio no encontré razones de las únicas atendibles, las fundamentales. Tan solo peligros potenciales, frutos de la irracionalidad más inadmisibles. ¿Qué culpa tenía yo si los burgueses estaban completamente ciegos, si no podían dejar atrás la más cerrada negación? ¿Debía acaso resignar mi justo derecho a saludarlos abiertamente? ¿Qué clase de hombre pretendía ser?

Fue uno de los días que siguieron. Como presintiendo mis debates internos, el gerente de La Confitería me había estado esperando en la vereda del lugar, de pie, a pocos metros de la entrada. Me pidió que habláramos un momento, su preocupación era inocultable. Durante interminables minutos, con su mejor buena voluntad, intentó «hacerme entrar en razones». Me detalló los beneficios de suspender lo que llamó «mi provocación» y, sobre todo, me advirtió sobre las consecuencias de no hacerlo. Yo comprendía su enfoque pacificador y, especialmente, los intereses que lo motivaban. En respuesta, remarqué su mediación como «de un valor inestimable», pero decliné de manera categórica sus pedidos por considerarlos infundados.

Cerré el diálogo, lo saludé con amabilidad y avancé en la misma dirección de siempre. «¡Chau, burgueses!», grité —y me insultaron— como de costumbre, aunque me sentía un tanto contrariado por la insolente intromisión del gerente y el consecuente retraso. ¿Acaso creía tener el derecho de interrumpirme de ese modo tan gratuito? ¿Creía que yo no tenía nada que hacer, que no tenía una vida?

Cuando regresé al día siguiente, el gerente no presintió mis preguntas, o no le importaron, porque me esperó de nuevo en el mismo lugar. Para volver a importunarme. Esta vez lo acompañaban dos oficiales de la policía. Junto a ellos, intentó convencerme sobre la conveniencia de «deponer mi actitud». Rechacé de plano sus amenazantes recomendaciones. ¿Estaba, al fin y al cabo, cometiendo un delito? ¿No eran los burgueses quienes juraban que me lincharían de un momento a otro? ¿No eran ellos quienes debían «deponer su actitud»? No, señores, no habría cambios, mis saludos se sostendrían hasta las últimas consecuencias. Los despedí y seguí mi camino, el de siempre. «¡Chau, burgueses!», insultos y a casa. A comer y a dormir, pues al día siguiente había mucho que hacer.

Las advertencias habían llegado justo a tiempo. Cuando volví a aparecer frente a La Confitería, los burgueses me esperaban serios y de pie, orientados hacia mí. No se privaban, aun parados, de tomar un mocaccino o degustar una masa fina. La escena me encontró desprevenido y, por un momento, dudé sobre cómo reaccionar. Por supuesto, no podía permitir que lo supieran ni, mucho menos, retroceder.

«¡Chau, burgueses!» les grité, con más firmeza que nunca. Fue como una orden de largada. Los burgueses se lanzaron hacia la puerta, se amontonaron allí y por un momento se atascaron. Mientras veía cómo luchaban por salir, me debatí entre enfrentarlos o correr. Miré sus cuerpos flojos, sus frentes sudorosas, sus caras deformadas por el arrebató. Sus movimientos rústicos denunciaban sedentarismo, estancamiento, abandono. Esto me decidió a correr, más para ayudarlos a despertar que para escapar.

Los burgueses no me alcanzaron, ni ese día ni los siguientes, como no se alcanzan los sueños siempre postergados. Con el pasar de las semanas, llegué a percibir que habían ganado estado físico y movilidad, a fuerza de correrme a diario. Mi sola aparición disparaba las emociones y la despiadada cacería. Yo disfrutaba muchísimo, de un modo difícil de poner en palabras, gritarles «¡chau, burgueses!» y salir corriendo a gran velocidad.

En las esquinas me detenía y los esperaba con sorna, desafiándolos a alcanzarme. Ese engaño disfrazado de piedad los enfurecía aún más.

Aquella tarde de invierno fue como una noche demasiado clara. La luna, de tan llena, parecía un indicio. Exultante, llegué a La Confitería dispuesto a gritar «¡chau, burgueses!» con enorme júbilo y compromiso. La sorpresa —justo antes de convertirse en desolación— fue enorme al encontrar todas las mesas vacías. Los camareros, parados junto al mostrador, me miraban con premeditada tristeza. Mi corazón latía con fuerza, porque ya había comprendido. Amplié mi radio visual y busqué en los alrededores. En la esquina, varias decenas de burgueses me esperaban armados. Miré innecesariamente hacia la otra esquina. Busqué concentrarme, para tratar de salvarme, pero supe de inmediato que no había salida. Caí de rodillas, miré el cielo y en él la luna: se veía grande y hermosa. Solo me quedaba esperar el desenlace. Me tomé la cabeza con las dos manos, la apoyé contra el suelo y suspiré bien hondo.

Demasiado ruido en la mañana

Para Silvina, la besaraba.

Es falso que no haya buenos *hammams* —es decir, baños— en la región que los moldavos llaman Besarabia. La alta burocracia otomana, instalada ahora en Estambul, habla ante todo con liviandad. No hay malicia en sus juicios, sino más bien pereza. Desde la comodidad de los aposentos imperiales, lanzar afirmaciones sobre las nuevas tierras conquistadas es un ejercicio gratuito. Son muy pocos los miembros de la élite que se trasladan hasta los escenarios de la historia para elaborar sus propias conclusiones. Por eso es que la verdad escasea en el corazón del Imperio. Se trata de un peligro emergente que el Sultán tiene el deber de comprender.

Los nuevos Hammams de Akkerman son de los mejores del mundo. Lo digo con la autoridad que me provee haber visitado cada uno de los baños del Imperio. Si alguna vez hubo genuina satisfacción en mi vida, ha sido esta. Además del obvio placer físico, los baños me han regalado un inusual deleite espiritual. Me han enseñado sobre la arquitectura, la historia y la política. Pero sobre todo, me han permitido conocer el alma de los hombres. Por eso, cuando encuentro baños extraordinarios puedo reconocerlos de inmediato.

La identidad del arquitecto de los baños permanece oculta bajo un manto de versiones cruzadas. Los rumores se multiplican con premeditación para asegurar que nadie tenga certezas. A mi modo de ver, ese nudo informativo es la mejor evidencia de que se trata del mismísimo Mimar Sinan. No es tan difícil advertir que su inigualable capacidad se filtra en cada una de las terminaciones arquitectónicas. Pero además, al desmenuzar las relaciones que lo conectan con el poder, se vuelve manifiesto que sus nexos con la Capital no están libres de conflicto con los poderes de este nuevo *sanjak*. Permanecer en el anonimato es, ante todo, una conveniencia.

La arquitectura de los baños se adosa con justicia a la innovadora corriente sinaniana, pero ya dentro de ella no resulta ser tan original. Eso no tiene por qué ser malo. Las áreas para hombres y mujeres se despliegan simétricas sobre un eje principal que constituye la columna vertebral del edificio. Cada área tiene las salas básicas: *soyunmalık*, *soğukluk* y *sıcaklık*.

El área masculina tiene algunas particularidades de diseño. Por ejemplo, una amplia *stoa* se despliega a los caminantes como la plataforma ideal para apreciar —arriba— una hermosa cúpula con decoradas terminaciones.

Los baños integran sin prejuicios la tradición grecorromana. No es un misterio el riguroso estudio de la arquitectura occidental llevado a cabo por Sinan. Si algo admiro de este artista eminente es su coraje intelectual ante todas las ideas existentes. En ese espejo debería mirarse el Sultán —y sus sucesores— para asegurarse de que el Imperio, ahora vasto y multicultural, perdure mil años.

Entre las adquisiciones del Oeste, se destaca la Gran Alberca. Es redonda, tiene unos diez *arşins* de diámetro y unos dos de profundidad. Desconozco los materiales de las apoyaturas, pero puedo asegurar que resulta muy cómodo reposar en ellas. El agua tiene el *calor de los hombres*, una temperatura por demás placentera en invierno. Durante el verano, la alberca también es fuente de dicha. En este caso, para librarse del sudor y del polvo, pero sobre todo para purificarse de cara a la jornada naciente. Si el calor es muy cruel, algunos visitamos los baños por la noche, aunque eso signifique pasar por alto algunas reglamentaciones. Años de lealtad a los baños y a sus autoridades habilitan ciertos privilegios.

Siento que somos muy afortunados de tener inviernos y veranos. Grande es Alá por habernos regalado las dos estaciones. Y por habernos abierto la puerta a la siguiente verdad: no hay placeres inmunes al paso del tiempo. La rotación, la transformación o la evolución del goce es el secreto de un placer superior, más incondicional y perenne.

Por la tarde, los baños están repletos. Solo hombres demasiado sociales o insatisfechos pueden encontrar alguna clase de reparación al sumergirse en una plaza tan concurrida. Debo aclarar que el rechazo no me impide la comprensión. Me consta que grandes amistades se han forjado en esos multitudinarios baños vespertinos. Puedo inclusive admirar que, bajo esas condiciones para mí desagradables, lo han hecho mientras cultivaban la higiene.

El ambiente desembarazado de los baños permite a los hombres encontrarse con facilidad y, con el hábito adquirido, conocerse y profundizar sus relaciones. La confianza es un activo invaluable en el mundo otomano. La juventud del Imperio y la debilidad de sus instituciones refuerzan la importancia de poder recostarnos en el otro. No miento cuando

digo que nuestro mundo depende, en este instante, de una delicada trama de lealtades personales.

No es de extrañar que la sociabilidad de los baños sea tierra fértil para la política. Se monta con natural predestinación sobre la base del encuentro social. Tiempo, relajación e intimidad son condiciones fructíferas que no siempre vienen de la mano. El debate de los asuntos públicos, el comercio de influencias o las intrigas palaciegas son tan corrientes allí como lo es el vapor caliente.

A primera hora, los baños están casi desiertos. Ese es mi momento. Amo la tranquilidad del amanecer, cuando las brisa es fresca y tiene olor a limpio. Amo cuando los primeros rayos del sol son casi blancos y se descargan oblicuos sobre los árboles. Amo ese silencio verdadero atravesado solo por la algarabía de las aves. En definitiva, amo esa porción del día cuando el futuro está abierto y todo puede salir bien.

Las personas que asistimos tan temprano a los baños tenemos un carácter especial. Podríamos decir que somos reservados o intolerantes. En mi caso, no tengo más remedio que aceptar que pertenezco a ambos grupos.

Por la mañana, ocurre en los baños lo mismo que durante la tarde, pero de otro modo. Sí, claro que forjamos relaciones, personales y políticas, pero lo hacemos sin el obstáculo de las palabras. Un silencio, un gesto o una respuesta precisa suelen ser más concluyentes. Sin distracciones retóricas, las esencias se manifiestan mucho antes. Y eso significa valiosísimo tiempo. De ese modo, en cuestión de días logramos conocernos con una gran profundidad.

Es por eso que la irrupción de Murad, uno de los hijos del Sultán y potencial aspirante al trono, nos produjo tanta irritación. Llegó por primera vez a los baños a media mañana. Advertimos su presencia antes de que hubiera entrado al edificio. Hablaba muy alto y con gran innecesidad. Desde la pacífica alberca, inmóviles y sin necesidad de tenerlo ante nuestros ojos, pudimos saber con precisión sobre su ingreso y su avance a través de las salas.

La presencia de Murad no nos tomó por sorpresa. Estábamos al tanto de su llegada a la ciudad. Había comenzado a asistir a los baños por la tarde, en un ambiente mucho más natural para sus formas bruscas y redundantes. Sabíamos que su ingreso brutal, altanero, había concitado un rechazo general entre los presentes, aun cuando estos se movían con

particular comodidad en los remolinos hipócritas del poder. No llegaron a expulsarlo de manera abierta, pero fueron lo suficientemente expresivos como para que el hijo del Sultán, a pesar de sus limitaciones, comprendiera con cabalidad que no era bienvenido. Solo era cuestión de horas para que lo tuviéramos, de mañana, entre nosotros.

Las intenciones de Murad también eran conocidas. Aspiraba a asumir el liderazgo de esta región del Imperio. Al parecer, la aceptación del hijo del Sultán no era amplia en la Capital y el príncipe había decidido poner a prueba su valía, dejando de lado la comodidad cortesana. Además, se había propuesto hacerlo por sus propios méritos, sin abusar del privilegio de su ascendencia real. Hasta aquí, loable.

El porqué Murad había elegido esta región del Imperio no estaba del todo claro. Los más creyentes sostenían que el hijo del Sultán evaluaba el territorio recién conquistado como libre de jerarquías establecidas; por otro lado, lo entusiasmaba la perspectiva de nuevas tierras y riquezas hacia el Norte, en la región que los moldavos llaman Rus. Los escépticos menospreciaban esa hipótesis y, en cambio, aseguraban en tono burlón que los criterios del príncipe se reducían a su gusto personal por las *mujeres del norte*.

Mi relación con el Sultán era nula. Nada nos debíamos. Tal vez supiera de mi existencia, pero de ningún modo había familiaridad. Yo no era tan importante, no todavía. Había llegado a ser quien era sin su favor y de igual modo alcanzaría mi destino. En pocas palabras, no tenía interés, animosidad o especulación especial contra el Sultán ni contra su hijo. Aseveraciones equivalentes podían ser hechas, sin temor, sobre los otros bañistas matutinos.

Lo que quiero decir es que el malestar con Murad era puramente circunstancial. Nuestra animadversión hacia él hubiera sido la misma con cualquier otra persona que se hubiera presentado del mismo modo ante nosotros.

Con las visitas matinales de Murad a los baños, la tensión en la alberca se hizo evidente. Las miradas se volvieron intolerantes. Los suspiros impacientes se multiplicaron. Los movimientos bruscos, producto del fastidio, corrompieron mucho más de lo habitual el espejo de agua de la alberca. Solo un completo ciego —como el príncipe— no lo hubiera comprendido.

Por desgracia para todos, nuestra escasa receptividad no desalentó las aspiraciones de Murad. Al contrario. Tal vez creyó que sus esfuerzos no eran suficientes. Preso de un diagnóstico equivocado, el príncipe intentó la amistad con creciente determinación. Mientras se dirigía al abismo, nuestras miradas silenciosas se volvían cada vez menos ambiguas.

Su último día, Murad entró a los baños más decidido que nunca. Lo escuchamos cantar en la entrada y avanzar rápidamente hasta nuestra sala. Nos saludó a viva voz y se sumergió en la alberca con un pequeño salto, salpicándonos. Como de costumbre, no tuvo eco al mencionar que esa mañana el agua estaba más caliente. Casi no podía vernos por el vapor.

En medio de la humedad neblinosa, dos figuras jóvenes tomaron con fuerza a Murad de los brazos y la nuca. Ya bien sujetado, lo hundieron con fuerza en el centro de la alberca. Los chapoteos se oyeron como suave música sin la voz del príncipe vibrando en el vapor.

Los testigos de la escena casi ignoramos el espectáculo. Diría que elegimos disfrutar el agua particularmente caliente como quien disfruta de una luna demasiado llena. En el más explícito de los casos —lo llamaría un error— intercambiamos una mínima mirada aprobatoria.

Los forcejeos cesaron. El querido silencio por fin había regresado. Con destacable oficio, los verdugos arrastraron el cuerpo sin vida de Murad fuera de la alberca y, luego, fuera de la sala.

Ninguno de los testigos mencionó —ni mencionará— alguno de estos acontecimientos. Tampoco los bañistas de la tarde mostraron interés por la súbita desaparición de Murad. De hecho, nadie en la ciudad ha vuelto a hablar de él. Gracias al deliberado silencio de diplomáticos y viajeros, sabemos que ni siquiera el Sultán volvió a preguntar por su hijo en los palacios imperiales de la Capital.

Adiós, querido edificio

«Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.»
Julio Cortázar, en su cuento Casa Tomada.

Me gusta el edificio porque, además de espacioso y antiguo, guarda los recuerdos de mi abuela materna, de mis padres y de mi infancia.

Es una verdadera lástima tener que dejarlo.

El precio del alquiler volvió a subir y ya no puedo pagarlo. En verdad, hablar de alquiler es una cómoda imprecisión, ya que nos hemos acostumbrado a decir solo «alquiler» para referirnos a «alquiler más expensas». La factura que llega cada mes tiene un solo ítem: «Alquiler». Es decir, no hay forma de saber cómo se compone el valor total. Mi abuela dice que antes, en su época, alquiler y expensas se pagaban por separado. Y que, además, las expensas venían desagregadas con el detalle de cada gasto. Inchequeable.

No sin esfuerzo, logré que los administradores me compartan la composición detallada del «alquiler». Diría que lo hicieron un poco obligados por mi insistencia, de mala gana. Por suerte, soy una persona diplomática. De otro modo, la poca predisposición que mostraron hubiera terminado mal. No entiendo por qué tanta reticencia, por qué tanto misterio.

Con esa información en mis manos, pude confirmar lo que ya suponía sobre los gastos del edificio. Hasta el mes pasado, las expensas (es decir, los gastos comunes del edificio) eran del mismo valor que el alquiler. Ahora, con el último aumento, lo sobrepasaron. Y por cómo se vislumbra el panorama de los próximos meses, puedo suponer que las expensas continuarán ampliando su ventaja.

La última suba de expensas fue una consecuencia directa de que el vecino de arriba dejara el edificio. Un vecino histórico, por cierto. El aumento anterior (otro) le resultaba demasiado oneroso y ya no podía pagarlo. Inútil fue tratar de convencerlo de buscar alternativas. Le dijimos que ya encontraría el modo de pagarlo, que tal vez las expensas bajarían en

los próximos meses (aunque eso nunca había ocurrido) o que solicitara alguna ayuda especial al consorcio. Los porteros fueron especialmente insistentes, pero tampoco lograron hacerlo cambiar de opinión. «No puedo, ni quiero, ni debo», se limitó a repetir el vecino.

Como resultado de esa partida, los demás inquilinos tuvimos que cubrir el valor de las expensas del vecino en retirada. Es decir, tuvimos que pagar expensas más altas. El tema fue debatido en una reunión de consorcio. Algunos vecinos, comenzando por los administradores, terminaron por culpar de la suba al vecino que se iba. Yo no había podido asistir a la reunión, pero semejante conclusión me pareció un poco injusta.

A partir de ese acontecimiento, examiné mi propio caso. Supuse que con mi partida las expensas volverían a subir «por mi culpa». Como en el caso del vecino, lo mío no era una decisión deliberada sino una consecuencia inevitable. Una simple y pura falta de alternativas. De ningún modo deseaba atravesar las mismas presiones públicas por irme del edificio. Por lo tanto, decidí que informaría al consorcio sobre mi partida el último día, de manera sorpresiva si se quiere, para no dar lugar a ningún tipo de maniobra o reclamo. Sí, aunque eso implicara correr el riesgo de perder el depósito.

Como cualquiera puede imaginarse, la solución natural y deseable para el consorcio hubiera sido volver a alquilar los departamentos liberados. Es lo que siempre había ocurrido. Sin embargo, bajo las nuevas condiciones, eso era por demás improbable. Si el edificio no lograba retener a sus habitantes históricos, mucho menos estaba en condiciones de atraer nuevos inquilinos. Me constaba que cuando un interesado conocía el valor del alquiler salía espantado.

El edificio es mediano, tirando a pequeño. Tiene treinta y dos departamentos. Son dos cuerpos de dieciséis departamentos cada uno. Y cada cuerpo tiene cuatro plantas de cuatro departamentos. En el piso de abajo tiene un enorme pasillo de techos altos, un gran jardín con una fuente en el medio y un par de locales en el frente. Y más abajo, en subsuelo, un gran salón para eventos.

Mi abuela suele quejarse de que el edificio está «muy venido a menos». Según su intacta memoria de largo plazo, durante los años posteriores a su construcción el edificio «brillaba en todo su esplendor». Cada año se pintaban sectores enteros del edificio, cualquier elemento roto se reemplazaba por uno original en cuestión de días y los prolijos jardines

rebalsaban de flores. «Otros tiempos», suspira al terminar de enumerar sus quejas.

Sospecho que algo de razón debe tener mi abuela. En la actualidad, el edificio luce muy desmejorado. Hace años que no se pinta. El mármol de las escaleras está deformado. Las goteras se multiplican y un suave olor a gas va invadiendo los rincones. Muchos cables cruzan por los techos del edificio, un paisaje poco feliz visto desde el patio central de la planta baja. Los elementos rotos, como un farol o un picaporte, pueden tardar meses en ser reemplazados y, casi siempre, eso ocurre con piezas peores que las originales. Al bronce se lo reemplaza con acero, al acero con hierro, al hierro con plástico. La vereda siempre tiene baldosas rotas, con pequeñas matas de pasto creciendo entre ellas. Los porteros siempre juran haber reportado los problemas a la administración. Y la administración jura siempre que no hay dinero.

Con los años, la resignación se ha expandido por el edificio. Lo ha hecho sin ruidos pero sin descanso. Muchos vecinos se han ido, muchos se han refugiado en el trabajo (para pagar los alquileres crecientes) y a muchos, sobre todo a los nuevos, no les importa. Para estos últimos, la sensación de decadencia es el estado natural de las cosas.

Unas 100 personas adultas viven en el edificio. De ellas, 16 trabajan en la administración. 8 lo hacen como porteros y 8 como administrativos. Mi abuela dice que antes, en su época, había solo 2 personas: 1 como portero y 1 como administrativo. Y que su madre le contaba, en tono de queja, que antes había solo 1 persona que se encargaba de todo. Indemostrable.

Los 8 porteros tienen las tareas muy definidas. Uno se encarga de los servicios públicos (luz, agua, gas, teléfono), otro de pisos y paredes, otro de la limpieza, otro de la iluminación, otro del jardín, otro de la seguridad, otro de los cobros y otro de «las cuestiones sociales». Cuando un vecino tiene un problema en el edificio, es indispensable contactar al portero específico para que lo atienda. Si ese portero no está disponible por cualquier motivo, no hay más remedio que esperar. «No es mala voluntad, señor, pero además de que no nos corresponde, no queremos invadir el espacio del compañero», responde el resto de los porteros si uno busca un auxilio excepcional. A veces, encontrar al portero adecuado puede llevar varios días.

Los 8 administrativos también tienen mucho trabajo. No solo deben dar soporte administrativo a los porteros, sino que también deben timonear

la economía del edificio. Además de administrar los alquileres de los vecinos, gestionan algunos emprendimientos que tiene el consorcio, a saber, una casa de comidas (en uno de los locales del frente del edificio), una remisería (en el otro local) y un salón de eventos (en el subsuelo). Todos dan pérdidas. Cada uno de los emprendimientos tiene personal externo. No es inusual que el consorcio enfrente juicios laborales, los pierda y deba afrontar el pago de indemnizaciones durante años. «Mala suerte», se lamentan los administradores.

Según mi abuela, el objetivo original de esos emprendimientos había sido financiar las expensas. Y de hecho, durante muchos años ese objetivo se había cumplido, motivo por el cual las expensas eran bajísimas. Es por eso que existía una considerable lista de espera para ingresar a vivir al edificio. Los administradores y los porteros dicen que la abuela exagera.

Hoy en día, el restaurante es utilizado como base de operaciones de los porteros. Y de sus familiares. Es bastante natural y comprensible que así sea. La comida disponible y los tiempos de servicio son azarosos, como en una casa. Sobre todo en invierno, suele haber ropa colgada (aclaro que solo reposando, no para secarse) en las sillas. Los pocos clientes externos aseguran que les gusta «el ambiente casual» del lugar. Estos clientes van al lugar a tomar café, leer el diario y conversar con los porteros. Rara vez consumen almuerzo o cena. Cuando hay un problema en el edificio, la mejor estrategia para encontrar a los porteros es buscarlos allí.

La remisería tampoco se destaca por sus prestaciones. Los clientes principales son los porteros y los administrativos. Supongo que, por camaradería, son más tolerantes con las deficiencias del servicio. Hasta donde sé, pagan como cualquier otro cliente. Otros vecinos también usamos el servicio con la idea de apoyar al consorcio, sobre todo cuando no estamos apurados.

El salón de fiestas permanece semi abandonado y, por lo tanto, no puede ser alquilado. Como mucho es utilizado por la gente del edificio. La mejor parte del mobiliario y de la vajilla ha desaparecido, así que quienes deseen utilizarlo deben llevar sus propios utilitarios. Es una pena, porque es enorme y la hermosa arquitectura del edificio también se manifiesta en su interior. Para ponerlo en marcha de nuevo, habría que realizar una enorme inversión que los administradores consideran inviable.

Otra razón para lamentarse es que, si estos emprendimientos funcionaran, el consorcio podría ayudar a más vecinos. De hecho, esa es la

tarea que ejecuta el «portero de las cuestiones sociales». Es el más nuevo de los porteros. Se ocupa de las relaciones con todos aquellos vecinos que reciben ayuda del consorcio. La mitad de los vecinos reciben esa ayuda por diferentes motivos. Por ejemplo, la reciben quienes tienen hijos o mayores a cargo, los discapacitados (uno de los vecinos, por ejemplo, no tiene el dedo meñique), quienes no tienen trabajo (uno de los vecinos, pobre, lleva veinte años desempleado), los artistas, los estudiantes de ingeniería, quienes compran electrodomésticos o autos nuevos, o quienes están pagando un crédito hipotecario. Es evidente que, con los años, el consorcio ha desarrollado una sólida cultura de solidaridad entre los vecinos del edificio.

Desde que tengo memoria, las decisiones del consorcio las toman los inquilinos. Mi abuela dice que antes, en su época, las decisiones las tomaban los propietarios. Desde que no es así, asegura, muchos dueños originales vendieron sus departamentos y otros han decidido dejar de alquilarlos. A favor de mi abuela, todavía recuerdo a muchos de esos vecinos vendiendo sus propiedades cuando yo era niño y es cierto que algunos de los departamentos permanecen inhabitados.

Para tomar decisiones, los administradores convocan a reuniones de consorcio. Por lo general, las reuniones son realizadas cerca del mediodía y con notificaciones a primera hora de la mañana. Esto dificulta la participación de quienes trabajan afuera durante el día. Ante los reclamos, los administradores admiten el problema, pero se defienden diciendo que los temas surgen con enorme imprevisto y las resoluciones requieren de decisiones urgentes. Tanto ellos como los porteros pueden asistir siempre. Hay que admitir que, a pesar de las convocatorias repentinas y la dificultad de juntar a todos los vecinos, los porteros viven alentando a los vecinos a participar, en particular a aquellos que pueden salir beneficiados de las reuniones. En esos casos, inclusive, llegan a realizar el esfuerzo de cambiar los horarios.

Ayer, por ejemplo, hubo una reunión de consorcio. El tema principal fue la sobrecarga de trabajo que venían padeciendo los administradores. La cuestión fue planteada por ellos mismos. Propusieron la contratación de dos nuevos administradores que pudieran darles soporte. Insistieron en que debía tratarse de gente de confianza. Postularon algunos familiares. Como casi siempre, no pude asistir a la reunión. Según averigüé después, estaban los 8 porteros, los 8 administrativos y otros 8 vecinos. La moción fue

aprobada por amplia mayoría, 16 a 8. Desconozco la composición de los votos.

Más allá de los detalles de la votación, lo negativo de ese resultado es que no habrá más remedio que volver a aumentar las expensas para financiar los salarios de los nuevos administradores. Por suerte, ya no estaré en el edificio para pagarlas. Lo bueno es que nuevos vecinos tendrán un empleo y que las tareas administrativas deberían agilizarse.

De mi familia, solo yo quedo viviendo en el edificio. Mamá y papá murieron hace unos pocos años. La abuela se mudó a una casa baja justo frente al edificio, ya que por su edad no puede subir escaleras. Según ella, le queda el consuelo de asomarse a la ventana de la casita y ver su antigua morada.

A veces, siento una culpa extraña pero verdadera por tener que dejar el edificio. Es más una intuición que un pensamiento. Reviso mi vida, mi accionar, y me cuesta encontrar una razón para inculparme. No he sido malo, ni perezoso, ni por acción ni por omisión. Soy una persona buena, tranquila, respetuosa. Trabajo, estudio, ayudo a mi abuela que vive enfrente. Pero aun así, no logro liberarme de ese sentimiento de fracaso personal. Muy adentro, en el fondo, siento merecer lo que me está pasando, aunque no pueda saber bien por qué.

Son mis últimas noches en el edificio. Cuando me acuesto, miro el techo alto y pienso en el inminente último día del mes, cuando tenga que dejar el departamento. Cada noche, la imagen es más o menos la misma. Cierro bien la puerta del edificio. Con la llave en la mano, me doy cuenta de que ya no es mía y de que no sé bien qué hacer con ella. Cruzo la calle y miro por última vez el edificio desvencijado. Como todas las mañanas, el sol le pega de lleno. Lo percibo todavía desafiante gracias a su orgullosa arquitectura. A diferencia de las veredas, las paredes y los techos, no es tan fácil destruir la idea que le dio origen. «Adiós, querido edificio», pienso. Antes de marcharme, siento muchísima pena. Luego de una nostálgica vacilación, tiro la llave por la alcantarilla y me voy. El edificio y una larga etapa de mi vida quedan atrás.

Letra para el tango «A Evaristo Carriego»

Música recomendada para acompañar la letra: Orquesta de Osvaldo Pugliese, año de grabación 1966, <https://www.youtube.com/watch?v=3N7MhkhIWBs>

(recitado)

*Como tierra del Paraná
Lo arrastra al sur el destino
Hasta encontrar su camino
En el barrio de Palermo
Donde un porvenir enfermo
Será su más cruel vecino*

Se enamora pero escribe
Lo traicionan pero escribe
Lo abandonan pero escribe
Se derrumba pero escribe

Es muy joven pero escribe

Y regresa al bar
Para poder conversar
Y no volver a pensar
En el amor

Y recitar a viva voz
Su gran dolor
Disimulado en un poema

De un marginal
De un arrabal
De un par de guapos que se prueban

Y vuelve

Y siente
Y quiere

No
No ansiar
No atar
No urgir
No huir
No odiar
No

Lee a Almafuerbe pero escribe
Lee a Cervantes pero escribe
Lee a Lugones pero escribe
Lee a Hernandez pero escribe

Se cuestiona pero escribe

«Y va a caminar
Para volver a observar
Aquello que muy pronto va
A dejar»

El casamiento
Deslumbramiento
La costurera del mal paso
De sobremesa
Una sorpresa
El silencioso en la trastienda

(recitado)
Invitación
Revelación
Frente a frente
Por el ausente
¿No te veremos más?
Ninguna más

*Has vuelto, Vulgar sinfonía
La dulce voz que oímos todos los días*

Mira el cielo y se descarga:
«¡Buenos Aires,
No me he ido y ya extraño tus calles!

¿Y ahora quién te va a mirar?
¿Y ahora quién te va a escuchar?
¿Y ahora quién te va a abrazar?»

Se transpira pero escribe
Ya no come pero escribe
Tose sangre pero escribe
Queda poco pero escribe

(recitado)
Y con la frente quemando
Se le presenta La Muerte:
«Rapsoda, vamos andando,
Ya es hora, no se despierte»

(recitado)
Entonces dice el poeta...
«No se apresure Don Fuego
He preparado sin ego...
Unos versos para leerle
Así mañana pueden creerle
Que ha conocido a Carriego»

—

Evaristo Carriego

No conocía a Evaristo Carriego. La primera vez que supe de él fue cuando averigüé el nombre de ese tango increíblemente dramático que tanto me gustaba: *A Evaristo Carriego*, compuesto por el bandoneonista Eduardo Rovira. Si bien no tenía información enciclopédica sobre Carriego, sentía ya

conocerlo un poco, después de haber escuchado decenas de veces la música que por algo le había sido dedicada.

Me pregunté quién sería Carriego, merecedor de un tango tan especial. Busqué y leí su biografía. Poeta argentino, nacido en Paraná, vivió en Palermo y murió a los 29 años, tísico. Lo que más me llamó la atención fueron estas palabras de Borges:

«Recuerdo que el ejemplar [de *Misas Herejes*], dedicado a mi padre, fue uno de los diversos libros argentinos que habíamos llevado a Ginebra y que yo allí leí y releí.»

Borges había leído y releído el libro de Carriego. Eso merecía cierta consideración. Seguir esta conexión llevaba aún más lejos. Borges era, además, el autor del libro *Evaristo Carriego*. En ese momento, supe que algún día conseguiría ese libro.

Evaristo Carriego, el libro

Las semanas, tal vez los meses, pasaron. Comenzaba el año 2020 y yo había terminado de escribir, por primera vez, una letra de tango. Era la [letra de *El ingeniero*](#), hasta ese momento un tango sin letra conocida. A fin de facilitar la tarea de los futuros músicos que la leyeran, me puse a buscar su partitura. No había ninguna información, excepto por una partitura original a la venta en Mar del Plata. Gracias a una enorme casualidad, yo tenía que viajar a Mar del Plata unos días después. Muchos aprovecharán este evento para confirmar que la casualidad no existe. Reservé la partitura y, casi al pasar, pregunté por libros sobre Evaristo Carriego. «Sí, claro, tengo el de Borges», me dijo la voz segura del vendedor. Sin saberlo del todo, el final de la escritura de una letra de tango se enlazaba en silencio con el comienzo de otra. Quizás lo mismo esté pasando en este mismo instante con la letra que sigue.

Leí el libro. No soy crítico de literatura y mucho menos para hacer una crítica de Borges. No al menos sin decir antes esas palabras. El libro me pareció ser la sumatoria desintegrada de dos libros. El primero, un estudio sobre Carriego y su obra, hecho por Borges. El segundo, un conjunto de escritos de Borges sobre temas de cierta relación con Carriego: las letras escritas sobre los carros de Buenos Aires, el tango, los puñales, los jinetes. El criterio para juntar estos dos libros en uno solo, titulado *Evaristo Carriego*, me pareció ser enteramente editorial.

En la primera parte, se destaca el capítulo *Una vida de Evaristo Carriego*, donde Borges repasa de un modo muy literario la vida de Carriego y su obra. En los otros capítulos habla de Palermo, del origen entrerriano del poeta y de la interpretación de algunos de sus poemas. Dice el escritor uruguayo Emir Rodríguez Monegal en el prólogo de otra edición del mismo libro, refiriéndose a esta primera parte:

«Todo lo que Borges toca se transforma en ficción. [...] A lo largo de estas páginas, Carriego (su poesía frágil y sentimental, su limitado mundo de suburbio, su vacilante inserción en la realidad) se va transformando en un personaje más de Borges. [...] Carriego no existe más, o tal vez ni importa si existió alguna vez. Pero existe cada vez más Borges, ese joven escritor para quien Carriego era metáfora de muchas cosas; metáfora de un Buenos Aires perdido; de una actitud casual y hasta lateral hacia la poesía honda; de una admiración por el coraje y el cuchillo que Borges (como Carriego) no ha querido ocultar nunca.»

La segunda parte del libro, en general, tiene una relación muy indirecta con Carriego. Aún así, los capítulos *Historia del tango e Historia de jinetes* son escritos muy valiosos que agradezco haber encontrado en el mismo libro. El primero realiza observaciones originales sobre la historia del tango y conserva todavía cierta relación con Carriego, considerado uno de los precursores de las letras tangueras. El segundo explora el estereotipo del jinete y en particular del gaucho, uno de los antepasados inmediatos del compadre arrabalero.

Versos de Carriego (selección), el otro libro

Hace unas pocas semanas, volví a considerar la posibilidad de escribir esta letra. Durante varios días estuve sin poder decidirme, ya que esa posibilidad estaba en sana competencia con otras ideas sobre las cuales también quería escribir. En ese debate interno estaba cuando encontré el libro *Versos de Carriego (selección)* en una librería de usados de la calle Rivadavia. Hasta donde podía recordar, nunca había encontrado un libro de Carriego en una librería. O tal vez sí pero, como también hacemos con las personas, nunca le había prestado atención. Este acontecimiento tal vez inexplicable inclinó la balanza de mi próximo escrito hacia estas líneas. Era una señal difícil de eludir hasta para un escéptico como yo. Compré el libro por menos de un tercio de dólar (¿qué sentido tendría expresar su valor en

pesos?). Por un precio similar, compré también el libro *Cuentos mortales* de Leopoldo Lugones, algo así como el anti-autor de Carriego.

El prólogo del libro *Versos de Carriego (selección)* también es de Borges. Es una especie de resumen de toda la primera parte del libro *Evaristo Carriego*. Dice, por ejemplo:

«El descubrimiento, llamémosle así, de nuestro suburbio define el mérito esencial de Carriego. [...] A los personajes de su obra — el guapo, la costurerita que dio aquel mal paso, el ciego, el organillero — fuerza es agregar otro, el muchacho tísico y enlutado que lentamente caminaba entre casas bajas, ensayando algún verso o deteniéndose para mirar lo que muy pronto dejaría.»

El mismo Borges define a Carriego como un personaje más de la obra de Carriego. Quizás es una forma borgeana de darle la razón a Rodríguez Monegal: Carriego es, en realidad, un personaje más de la obra de Borges.

Contar con la guía de Borges facilitaba mucho la internación en los poemas de Carriego. Dice Borges en ese libro:

«La más deliberada página de humorismo dejada por Carriego es *El casamiento*. Es la más porteña también. *En el barrio* es casi una guapeada entrerriana; *Has vuelto* es un solo frágil minuto, una flor de tiempo, de un solo atardecer. *El casamiento*, en cambio, es tan esencial de Buenos Aires como los cielitos de Hilario Ascasubi o el *Fausto criollo* o la humorística de Macedonio Fernández o el astillado arranque fiestero de los tangos de Greco, de Arólas y de Saborido.»

Si no me considero apto para realizar una crítica literaria (soy mucho más apto para recibirla), eso es todavía más cierto cuando hablamos de poesía. Es un mundo que, por lo general, me resulta ajeno. Si la poesía de Carriego llegó a resultarme interesante fue por haber leído antes a Borges y por tener la imperiosa necesidad de hacerlo para escribir esta letra. La verdad es que ninguno de los poemas me resultó especialmente memorable.

La composición

Dos veces verifiqué que este tango no tuviera una letra. La primera, cuando me planteé por primera vez, con seriedad, escribir una. La segunda, meses después, cuando me senté por primera vez a hacerlo.

A medida que avancé en la composición, confirmé lo que en el fondo ya sabía, aquello que me había demorado a comenzar a escribir. La música tenía una complejidad tal (al menos para mí) que hacía por lo menos

desafiante la tarea de componerle una letra. No había sentido eso cuando compuse la letra de *El ingeniero*.

No suelo dudar de mi capacidad de obtener resultados, por más pobres que sean. Sí dudé, en cambio, de mi capacidad para obtener una letra que mereciera mi orgullo. Ante esa vacilación, como tantas otras veces, vino a mi rescate la literatura, en este caso las recentísimas páginas de *Historia del tango*:

«En un diálogo de Oscar Wilde se lee que la música nos revela un pasado personal que hasta ese momento ignorábamos y nos mueve a lamentar desventuras que no nos ocurrieron y culpas que no cometimos. [...] Tal vez la misión del tango sea ésta: dar a los argentinos la certidumbre de haber sido valientes, de haber cumplido ya con las exigencias del valor y el honor.»

Como uno más de los jinetes de *Historia de jinetes*, como aquel gaucho de *El desafío* que se pisó la mano malherida para arrancársela y seguir peleando, bajé la cabeza y cargué sobre la hoja en blanco. Muchas veces me sentí chocar contra una pared. La respuesta fue la única posible para quienes no poseemos el don de la genialidad: redoblar los esfuerzos, multiplicar las horas de trabajo. Esa idea me llevó a una posible verdad: los genios no logran necesariamente obras de mayor calidad, sino que las logran más rápido; y con dedicación, claro, logran también un mayor número de ellas. Pero atención: la genialidad, como el infinito, no admite cuantificaciones con tanta facilidad; una obra genial no es necesariamente menos que un conjunto de varias obras geniales.

Para escribir la letra, necesitaba por supuesto contar con una música. Desde el primer momento, tuve la certeza de que sería la gran versión de Bandonegro (<https://www.youtube.com/watch?v=4nrwRIulWSo>), una orquesta de tango polaca. Sin embargo, justo antes de comenzar, me invadió una especie de advertencia, también proveniente de *Historia del tango*:

«El tango puede discutirse, y lo discutimos, pero encierra, como todo lo verdadero, un secreto. Los diccionarios musicales registran, por todos aprobada, su breve y suficiente definición; esa definición es elemental y no promete dificultades, pero el compositor francés o español que, confiado en ella, urde correctamente un 'tango', descubre, no sin estupor, que ha urdido algo que nuestros oídos no reconocen, que nuestra memoria no hospeda y que nuestro cuerpo rechaza. Diríase que sin atardeceres y noches de Buenos Aires no puede hacerse un tango.»

Esa reflexión me llevó a buscar, para considerarla como alternativa, la versión de la orquesta de Pugliese (<https://www.youtube.com/watch?v=3N7MhkhIWBs>). No necesité terminar de escucharla para comprender que mi composición se basaría en esta última versión y no en la polaca. Supe que la versión de Pugliese, por motivaciones difíciles de racionalizar, me sería de mayor ayuda para encontrar las palabras justas. En verdad, fue más que eso: supe que era mi única posibilidad de lograrlo. Queda planteado al lector el desafío de escuchar ambas versiones y decidir qué tan cierta fue mi conclusión.

Luego de muchas horas de frustración, y por supuesto gracias a ello, pude disfrutar de la reversa satisfacción de llegar a un resultado.

Hay preguntas que me hice durante todo el proceso de escritura. ¿Qué hay de mí en esa música con la que me siento tan conectado? ¿Qué hay de Carriego en esa música que le fue dedicada? ¿Qué hay de Carriego, en definitiva, en mí?

«Arribo a la cuestión de su enfermedad, que pienso importantísima. [...] Él se sabía dedicado a la muerte y sin otra posible inmortalidad que la de sus palabras escritas; por eso, la impaciencia de gloria. [...] Comprendía que la consagración lentísima alcanza en vida a contados ancianos, y sabiendo que no produciría en amontonamiento de libros, abría el espíritu ambiente a la belleza y gravedad de sus versos. [...] La premonición de la incesante muerte la urgía. Codiciaba Carriego el futuro tiempo generoso de los demás, el afecto de ausentes. Por esa abstracta conversación con las almas, llegó a desentenderse del amor y de la desprevenida amistad, y se redujo a ser su propia publicidad y su apóstol.»

No estoy enfermo, o lo estoy sin saberlo, o lo estoy sabiéndolo sin ser consciente de ello, o tal vez todos lo estamos desde el momento en que comprendemos que la muerte es nuestra única certeza. No busco la gloria, o la busco sin saberlo, o la busco sabiéndolo sin querer asumirlo, o tal vez esa urgencia que sí siento se deba a la feroz certeza de que la vida es demasiado frágil y breve, de que todo puede acabarse en cualquier momento, de que el tiempo es escaso y se está acabando.

«Carriego creía tener una obligación con su barrio pobre: obligación que el estilo bellaco de la fecha traducía en rencor, pero que él sentiría como una fuerza. Ser pobre implica una más inmediata posesión de la realidad, un atropellar el primer gusto áspero de las cosas: conocimiento que parece faltar a los ricos, como si todo les llegara filtrado. Tan adeudado

se creyó Evaristo Carriego a su ambiente, que en dos distintas ocasiones de su obra se disculpa de escribirle versos a una mujer, como si la consideración del poverío amargo de la vecindad fuera el único empleo lícito de su destino.»

No creo tener una obligación con mi barrio pobre, aunque sí una con mi tierra que se empobrece. Tal vez sean dos formas de creer lo mismo, solo separadas por cien años de historia. Esa obligación también es para mí, sin ninguna duda, una fuerza. El empobrecimiento podrá continuar, pero seguiré escribiendo. Sentiré en mí la desesperanza de los verdaderos desposeídos, pero seguiré escribiendo. La recurrente adversidad llegará a marcarme con su cuchillo, pero seguiré escribiendo. Veré a La Muerte presentarse ante mí, pero seguiré escribiendo.

El fin de los nombres científicos

«Tengo una prueba verdaderamente maravillosa para esta afirmación, pero este margen es demasiado estrecho para contenerla.»

Pierre de Fermat

Cuando asistí a la Feria de Aves de Sudamérica (San Martín de los Andes, 2010), el encuentro de avistadores de aves más importante del hemisferio sur, nunca imaginé que mi intervención desde el público daría comienzo al final de los nombres científicos. O eso es lo que creo y pretendo que todos crean, abusando de la siempre limitada información disponible. Tampoco imaginé que hoy, siete años más tarde, decidiría empujar ese final haciendo uso de la literatura.

Durante los meses que siguieron, mi intervención aquel día se transformó en el Sistema Universal de Identificación de Especies (SUIE). Un sistema que, en todo este tiempo, no llegó a ninguna guía de avistaje de aves, a ningún libro de biología, ni a ningún lado, a pesar del apoyo recibido por parte de las máximas autoridades ornitológicas de Argentina y Brasil. Mucho menos, claro, logró un alcance internacional, sobre todo porque los padres del avistaje de aves, los ingleses —en palabras de los ornitólogos latinoamericanos— jamás aceptarían, ni mucho menos adoptarían, un cambio de paradigmas proveniente desde el lejano Sur.

Eso sí, debo admitir que hice muy poco para que algo de eso sucediera. Para ser más preciso, no hice casi nada. La razón es muy simple: el tema no me ha interesado lo suficiente como para ponerme en movimiento y cumplir con los pasos formales que la ciencia demanda. La sola idea de perseguir biólogos o realizar un trabajo científico sobre el tema me genera una inmanejable sensación de desmotivación y aburrimiento, sin dudas originada en mi falta de vocación científica.

Es así como, ahora que soy escritor, he resuelto llevar el SUIE al terreno de las letras. Tal vez sea la literatura el motor que lo impulse en lugar de la investigación científica, las redes de influencias o la persistencia encarnizada. Caminos que, además de fastidiarme, se encuentran superpoblados.

Se hace necesario, entonces, reconstruir los sucesos que tuvieron lugar durante aquella Feria. Como de costumbre, muchos detalles ya se han escapado de mi memoria, pero voy a hacer un esfuerzo por recordarlos. O, al menos, por inventarlos.

Sí recuerdo, por ejemplo, que fui en micro hasta San Martín de los Andes, desde Buenos Aires, en un viaje que duró más de veinte horas. Por desgracia, no era la pasión por las aves la que me había llevado tan lejos, sino la gris responsabilidad de estar a cargo de la difusión digital del evento. Y, especialmente, la conveniencia de haber sido invitado. Debo recalcar que a una organización excelente y al cálido trato personal recibido, se sumó la belleza patagónica y el privilegio de compartir el evento con amigos cercanos.

Si hay una comunidad de personas dulces, amigables y apacibles, esa es la de los observadores de aves. Mezcla sabia de biólogos, ornitólogos y aficionados, en general con tiempo libre, amor por la naturaleza y posibilidades materiales de viajar. Una combinación tan tierna, tan carente de oscuridad, que hasta genera suspicacias. ¿Tienen estas personas (y todas las personas) un costado nebuloso, prohibido? ¿Por qué no puedo siquiera vislumbrarlo en ellos? ¿Lo esconden deliberadamente? ¿Explotarán en cualquier momento?

Mis interrogantes no detuvieron el inicio de la Feria, cuyos eventos planificados en la agenda comenzaron a materializarse. Leí el programa y una de las charlas-debate del día siguiente llamó mi atención, ya que se insinuaba relevante para los alcances de mi formación profesional, la Ingeniería en Informática. Decidí que asistiría.

Llegué al evento con unos minutos de sobra, sin sentimientos precisos. El salón era amplio y desbordaba de gente. La comunidad de avistadores estaba realmente interesada en el tema o tal vez carecía de alternativas mejores. Cuando la charla-debate comenzó, el problema fue planteado con claridad por la máxima autoridad ornitológica de Brasil.

A pesar de mis limitaciones generales y mi frágil memoria, buscaré describir el problema de la manera más simple posible, contando con que los biólogos taxonomistas, de ser necesario, sabrán perdonarme.

Cuando una especie de aves es cambiada de género, se produce un conflicto entre el viejo nombre de la especie y el nuevo género. Como referencia conceptual, una familia agrupa géneros y un género agrupa especies.

El nombre oficial de una especie viene dado por un nombre científico. Por ejemplo, el nombre científico de la paloma es *Columba livia*. A grandes rasgos, lo mismo ocurre con todos los seres vivos, desde un helecho (*Pteridium aquilinum*) hasta el ser humano (*Homo sapiens*).

Un nombre científico está compuesto de dos partes. La segunda, llamada epíteto específico, es relativamente arbitraria y define la especificidad de la especie. La primera, llamada género, puede ser compartido por una o varias especies que tienen en común ciertas características; por ejemplo, el género de la paloma (*Columba livia*) es *Columba* y es compartido por unas treinta y cuatro especies. Es en esta primera parte donde se concentran los problemas.

Cuando una especie es cambiada de género, quizás debido a un nuevo descubrimiento, se presenta un conflicto entre el viejo nombre (anclado en el género) y su nuevo género. Supongamos, para ser brutales, que descubriéramos que las palomas sí son, después de todo, ratas aladas. Si nos limitáramos a mover la paloma (*Columba livia*) al nuevo género (*Rattus*), tendríamos un contrasentido semántico, ya que la primera parte de su nombre, *Columba*, no tendría relación alguna con el nuevo género, *Rattus*. Lo que harían los ornitólogos, entonces, es cambiar el nombre científico de la especie a algo como *Rattus livia*.

Oficializado el cambio de nombre, todos los libros, informes y documentos hablando sobre esta especie quedarían desactualizados, dando lugar a una gran cantidad de micro-problemas, confusiones y conflictos semánticos. El planteo, entonces, consistía en cómo resolver esta cuestión.

Luego de años estudiando la Ciencia de la Información (es decir, la Informática), una posible solución al problema me resultó evidente desde el primer momento. Llevado por la habitual equivocación de creer que los demás pueden ver las cosas como uno, supuse que el público también la vislumbraría con rapidez. El debate se volvió intenso, largo y, a mis ojos, lleno de colores. Las personas participaban con entusiasmo, proponiendo las ideas más extravagantes. Cuando por fin me di cuenta de que el debate iba para largo, fui en busca de una bebida y unas deliciosas galletas.

Solo hacia el final, cuando el debate estaba demasiado atascado y la solución que yo tenía en mente ni siquiera amagaba con aparecer, levanté la mano para hacer mi aporte.

—Hola a todos, me llamo Javier. Estuve escuchando las intervenciones con mucha atención. Algunas me parecieron sumamente...

originales, aunque equivocadas. La verdad es que estoy acá de casualidad. No sé nada de aves, ni de avistaje, ni de biología. Tal vez eso sea lo que me permite visualizar el problema y una posible solución con claridad. Es que, tristemente, soy Ingeniero en Informática. El problema planteado es un caso típico de «problema de identidad»; déjenme contarles qué significa esto. Todo código de identidad, como un documento nacional de identidad (DNI), debe necesariamente cumplir con dos principios: no repetirse y no cambiar. Tanto si tuviéramos códigos repetidos como si estos tuvieran la posibilidad de cambiar, nos resultaría muy difícil cumplir con el objetivo de la identificación. El nombre científico, por más anciano y querido que sea, no cumple con ellos, más específicamente con el de no cambiar. ¿Por qué no? Porque cuando una especie es cambiada de género, esto lleva también al cambio de nombre, lo cual viola el principio de no cambiar. Quiero ser muy claro en este punto: si durante el primer año de la Facultad de Ingeniería, ante el problema de definir un código de identidad para las especies, yo propusiera algo como el nombre científico, automáticamente sería evaluado con un cero y, además, sería difamado con justicia por elegir el idioma latín muerto para mi código. La forma más universal y práctica de evitar este problema no es utilizar el latín muerto para el código de identificación, ni el inglés, ni grandes tablas, ni sistemas informáticos, como algunos sugirieron, sino los números. Los códigos de identificación correctos y exitosos están basados en números, como los documentos nacionales de identidad. Eventualmente, combinados con letras sin significado, como las patentes de los automóviles. Que los números y las letras del código de identidad no tengan significado es importante para evitar conflictos ante eventuales cambios de categoría, como ocurre con el género en el caso de las especies. En resumen, la solución consistiría en reemplazar los nombres científicos por códigos numéricos o alfanuméricos sin significado. El nombre científico puede haber significado un avance hace doscientos cincuenta años, pero a veces el valor de una tradición no resulta suficiente para sostener una equivocación que genera problemas.

Ya hacia el final de mi intervención, los murmullos ganaban volumen y se habían vuelto notorios. Tuve que levantar la voz para terminar y, cuando lo hice, los contenidos sentimientos del público estallaron. La mitad del público explotó en un aplauso, mientras se daba vuelta para mirarme de un modo sonriente, aprobatorio. La otra mitad me abucheaba y me mostraba sus rostros desencajados, enrojecidos, mientras me gritaba cosas que no

entendía o no recuerdo, levantando las palmas o sus dedos índices. «¡Traidor!», gritó alguien desde muy atrás, eso sí lo recuerdo.

Cuando la multitud se aplacó, un hombre de unos cuarenta años tomó la palabra. Tenía barba, el pelo largo y un innegable corazón romántico. Estaba enfervorizado y me señalaba mientras hablaba.

—Los que amamos las aves no vamos a permitir que venga alguien como vos a convertir la naturaleza en fríos números. ¡Las aves no son un producto!

Como tantas veces en la historia, la mitad que no había entendido bramó de satisfacción por las hermosas palabras del Barba y las acompañó ruidosamente con aplausos y exclamaciones de apoyo. La otra mitad simplemente reía y comentaba la situación. Tomé la palabra una vez más.

—No se preocupen, no vengo a convencerlos de nada. Simplemente, estaba sentado acá escuchando y dado que el problema no se resolvía, me pareció una buena idea compartirles mi propuesta de solución. Tampoco pretendo convertir a las aves en productos, ambición que no podría realizar ni aunque quisiera. Así como no los llamo a ustedes por sus DNI, tampoco propongo que llamemos a las aves por su código de identificación, ni que cuando salgamos a avistar aves digamos «mirá Barba querido, allá va volando un 18»; aunque algunos quizás sí lo hagan, como lo hacen ahora con los nombres científicos. La solución no va a cambiar en nada la experiencia actual de avistaje, ni el amor por las aves, sino que va a aportar un código de identificación sin los problemas que ustedes mismos estuvieron describiendo. Su uso puede limitarse a los aspectos formales o científicos, sin necesidad de importunar a los aficionados que, por cierto, ya están bastante importunados siendo expuestos al latín muerto. Y lo más importante, no soy ni biólogo, ni observador de aves, ni quiero serlo —hubo un nuevo abucheo—... lo que quiero decir es que no tengo ningún interés particular en esta solución que, les guste o no, resuelve el problema planteado. Ustedes pueden hacer con ella lo que quieran.

Un nuevo tumulto se apoderó de la sala y, de hecho, dio por cerrado un evento que ya se había extendido mucho más allá de lo previsto. Las personas se pararon y se acercaron, tanto para felicitarme como para repudiarme. Yo estaba sorprendido por las repercusiones de mi intervención.

Entre las personas que se acercaron al finalizar el evento estaba el organizador de la Feria, quien me invitó a presentar mi propuesta de

solución en la Feria del año siguiente. No encontré razones para declinar la invitación, así que una vez más me dejé arrastrar por los acontecimientos y le dije que sí.

En efecto, el año siguiente expuse nuevamente en la Feria, en esa ocasión desde el frente de la sala, ante un público mucho menos poblado e interesado. Lo más destacable fue la participación de una de las máximas autoridades ornitológicas de Colombia, cuyo mayor aporte fue burlarse de mí y de mi propuesta durante toda la presentación, sin siquiera intentar comprender lo que yo estaba diciendo. Como ya me había acostumbrado a hacer, le remarqué que yo no tenía ningún interés especial en imponer mi propuesta y que si deseaba hablar de ideas ridículas, podíamos profundizar en el uso del latín muerto para un código de identificación.

Así fue como la segunda de mis Ferias pasó sin pena ni gloria para el SUIE, cuya vitalidad se fue diluyendo hasta el día de hoy, cuando el paso del tiempo lo encuentra a un paso del olvido. Un destino quizás imposible, ya que lo inevitable carece de la capacidad de extinguirse.

El fin de los nombres científicos comenzó aquel día, en San Martín de los Andes, pero todavía está lejos de terminar. Solo el tiempo dirá si la Literatura puede lograr lo que la Ciencia de la Información, con sus razones, no ha podido.

Por fin, el fin

Cómo contactarme

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.
jmguerrera.com.ar
- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.
medium.com/@jmguerrera
- Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.
jmguerrera@gmail.com
- Instagram. De vez en cuando hago sorteos de libros.
[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)
- WhatsApp.
[+54 9 11 2283 9356](https://wa.me/5491122839356)

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís con este «libro a la gorra» (ver página 1).
- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:
 - - Comprando libros firmados por adelantado.
 - - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como notas al pie al final de los primeros dos relatos.
- Hacés circular este libro.
- Me ayudás a repartir mis libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pión.
- Compartís en redes sociales:
 - - Tus cuentos favoritos. Los encontrarás publicados en mi blog, ¡googlealos!
 - - Una foto del libro.
- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.

- Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma.

Otros libros de mi autoría

1. *Punto Rosalía.*
2. *Una aventura miserable.*
3. *Esto no va a ser fácil.*
4. *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida.*
5. *La maldad imperceptible.* Selección.
6. *Libro del futuro.*
7. *La ansiedad detrás de todo.*
8. *Los malditos genios.* Selección.
9. *Expulsado del País de los Lectores.*
10. *Demasiado ruido en la mañana.* Selección.
11. Libro en desarrollo, se publicará a fin de 2022.

Pueden descargarse gratis en mi Web.

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la
sombra.»*

Rabindranath Tagore

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog *Última estación: fideos con queso* y sus libros de cuentos.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A Oto, Gaby, Silvina, Luca y Mariana, por ayudarme en diversos frentes de este libro.

A Caro y Olga, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y ruso. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su poco serio asesoramiento y su vino de gran calidad. A mi amiga Ceci, también.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2022, publiqué diez libros (siete originales y tres selecciones). Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Al comienzo, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniiano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé una pequeña empresa junto a mi amigo Mariano, Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante marzo de 2022. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.

Notas

[←1]

En parte, pudiste leer este relato gracias a Gabriela Wiesztort, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.

[←2]

Esta historia fue publicada por primera vez en el mes de Agosto del año 2020.